6

El infierno

Los excesos de la Junta son tan sistemáticos, que se acercan al genocidio.

Palabras de Leopoldo Torres, de Madrid, presidente del Movimiento Internacional de Juristas Católicos.

Poco antes de la medianoche del día 10 de septiembre, comenzó a desencadenarse el infierno sobre el pueblo chileno. Las fuerzas de la destrucción y la muerte fueron soltadas de los regimientos, bases militares, navales y aéreas, de los cuarteles y de los domicilios de jefes de organizaciones fascistas, donde grupos operacionales civiles, llamados «unidades independientes» por el alto mando insurreccional, comenzaron a guiar a las patrullas militares para asesinar a dirigentes de los trabajadores chilenos.

El infierno se desencadenó bajo la forma de una *blitzkrieg* que, en el plazo de menos de veinte horas a partir de ese momento, dejaría un ancho camino de destrucción, muerte, tortura, ignominia y brutalidad sin límites puestas en práctica por los altos mandos militares que se presentaron a la nación como cumpliendo «con el deber moral que la Patria les impone», para, en verdad, cumplir con las instrucciones de las FF.AA. de una potencia extranjera (los Estados Unidos). País que necesitaba urgentemente detener el movimiento revolucionario de mi pueblo y colocar a su Gobierno en el flanco de la dictadura militar de Brasil, con el propósito de iniciar una «limpieza de enemigos

de los EE.UU., de los grandes consorcios imperialistas de los EE.UU.», desde el extremo sur de América Latina hasta llegar a México.

A las diez de la noche del 10 de septiembre, los pocos borrachos rezagados en los bares del puerto de la ciudad de Valparaíso, vieron algo no acostumbrado: las naves de la Escuadra de Guerra, que había zarpado diez horas antes desde allí mismo, con el supuesto propósito de unirse a cuatro naves de guerra de los EE.UU. para iniciar los ejercicios bélicos anuales llamados Operación Unitas, habían regresado al puerto... ¡y estaban desembarcando sus tropas que se desplegaban por la ciudad!

Contingentes de la Infantería de Marina, bajo el mando personal del contralmirante Sergio Huidobro, estaban ocupando el gasógeno de la Estación Cerro Barón, la Intendencia, la plaza Arturo Prat, la Estación de Ferrocarriles y otros sitios estratégicos... grupos de tropa de Carabineros se mezclaban con ellos.

En la comandancia naval de la Primera Zona, en Valparaíso, el comandante en jefe de la Marina, almirante Raúl Montero Cornejo, era arrestado personalmente por el vicealmirante José Toribio Merino, depuesto y dejado bajo custodia por un capitán de fragata armado de subametralladora, «hasta que las cosas se aclaren mañana». Merino tomó el mando de la Marina, en presencia de los almirantes dirigidos por Patricio Carvajal Prado, quien, después de la ceremonia insurreccional, viajó apresuradamente a Santiago para hacerse cargo de su puesto «de combate», en el Ministerio de Defensa, a pocos metros del Palacio de Gobierno.

A esa hora, un oficial de Carabineros de Valparaíso, sin tener idea de lo que realmente estaba sucediendo, informó a la Dirección de Carreteras en Santiago que «los marinos están montando un operativo en busca de armas tremendo», «están por todas partes en la ciudad.» Después hubo silencio y las comunicaciones telefónicas con Valparaíso, desde la capital, se cortaron.¹

Lo que pasaba era que la Marina, cumpliendo con el plan de acción final acordado el 7 de septiembre, en el mismo puerto, con el general de Ejército Augusto Pinochet, había simulado salir a alta mar con su Escuadra de Guerra el día 10, y regresado a puerto, cerca de la medianoche, dividiéndose en dos. La mitad se quedó en Valparaíso, con apoyo «internacional si es necesario» de dos destructores de los Estados Unidos que navegaban hasta ponerse a 200 millas mar frente al principal puerto de Chile. La otra mitad navegaba ya, a toda máquina, hacia el puerto de Talcahuano. También allí, a 200 millas mar afuera, se deberían

situar dos unidades de guerra de la Marina de los EE.UU. como «apoyo tentativo».

La ocupación militar de Valparaíso, utilizando las fuerzas desembarcadas como vanguardia, se hizo en las dos últimas horas del día 10 de septiembre con tal precisión y efectividad que nadie en el resto del país se dio cuenta de la situación hasta muy entrada la madrugada del día 11 de septiembre.

Es cierto que el mérito de la eficacia no es totalmente de los altos mandos militares chilenos, porque los planes de ocupación militar del país habían sido discutidos, rectificados y remendados con los miembros de la Misión Militar de los Estados Unidos en Chile, y con el Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos en la Zona del Canal de Panamá, durante los meses de junio, julio y agosto.² Incluso, la gigantesca operación militar de invasión de Chile por los generales en contacto con el Pentágono, tenía una debilidad técnica: la falta de un sistema de centralización de las comunicaciones radiales entre las Fuerzas Armadas repartidas en veinticinco provincias por mar, aire y tierra. El Comando Sur del Ejército yanqui, a través de su base militar aérea de la provincia de Mendoza, en la República Argentina, les resolvió el problema. Les destinó un avión equipado especialmente para servir de «estación de relay» y «centralizadora» de mensajes radiales militares. La operación fue tan descarada, de todos modos, que los propios reporteros argentinos descubrieron la maniobra, tres días después del golpe militar, cuando el mundo estaba horrorizado por el genocidio que sucedía dentro de las fronteras chilenas.

El diario «El Mundo», de Buenos Aires, reveló parte de la operación de «apoyo de transmisiones» por parte del Pentágono norteamericano, en esta información:

«El avión tipo WB57S y los pilotos de reservas M. B. Lemmons y D. C. Baird, comandados por los mayores V. Dueñas y T. Shull, de la Fuerza Aérea norteamericana, coordinaron todas las operaciones de las Fuerzas Armadas golpistas antes y durante el cuartelazo.

»Este avión, especializado en misiones de espionaje y equipado con los más modernos instrumentos de telecomunicaciones, operó el día del golpe como estación radial volante. El perímetro de vuelo comprendía la región limitada por Mendoza, Argentina, y las ciudades chilenas de La Serena y Puerto Montt.

»El avión yanqui comenzó a operar en la zona el 7 de septiembre. Ese día cumplió dos misiones y otras el día 10. Del

día 11 al 13 estuvo adscrito permanentemente al apoyo del sistema de comunicaciones de las tropas golpistas, que era vital para éstas.

»La cobertura legal de las misiones de coordinación en comunicaciones de los militares golpistas se llamó "Mission Airstream". La tarea cumplida por el avión norteamericano permitió la conexión de estaciones de la Armada chilena, de una parte del Ejército y de la Fuerza Aérea.»³

Operación Pinzas

Sin embargo, no todo el mérito del infierno que se comenzaba a desencadenar sobre Chile era de los generales norteamericanos del Pentágono y del Comando Sur en la Zona del Canal de Panamá. Buena parte de los objetivos de la insurrección había nacido de las mentes de los conspiradores de más alto rango. Ese era el caso, por ejemplo, del vicealmirante José Toribio Merino Castro, autoascendido a almirante y a comandante en jefe de la Armada esa noche del 10 de septiembre, por la fuerza que dan las armas, y en pocas horas más tarde destinado a ser uno de «los cuatro» integrantes de la Junta Militar que comenzaría a gobernar un país ocupado militarmente, y en guerra permanente de un grupo de generales y su tropa contra un pueblo que había construido la democracia burguesa más sólida y duradera del continente latinoamericano. Una guerra declarada para destruir, arrasar, no dejar piedra sobre piedra de esa democracia chilena, impidiendo con ello, para defensa de una potencia imperialista extranjera y de los grandes señores del dinero en Chile, que ese pueblo creara una democracia más amplia, más sólida todavía.⁴

El «almirante» Merino Castro era un hombre de 57 años, graduado de la Escuela Naval de Playa Ancha (Valparaíso) en 1936. Años más tarde, al igual que todos los altos mandos militares de América Latina «destinados» a ser jefes de sus ejércitos, hizo una «larga práctica» en el aparato militar de los EE.UU. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió a bordo del buque de guerra *Raleigh*, de la Armada de los Estados Unidos, patrullando por la Zona del Canal de Panamá y Guadalcanal. Entre 1956 y 1957 fue adicto naval en Londres, y después oficial de Estado Mayor y profesor de Geopolítica y Logística.⁵

Merino Castro fue el primero de los altos mandos insurrectos

que se «sublevó» contra la idea de que una combinación de partidos de izquierda gobernara Chile. Ya en 1971 hacía oír su voz en la Academia Naval de Playa Ancha, para decir que «es un error de los americanos dejar que Allende gobierné». Y esa noche del 10 de septiembre de 1973, Merino Castro era un hombre orgulloso: estaba poniéndose en práctica un plan de «exterminio de la ideología marxista» por el cual había luchado muy duro desde 1972. Primero fue el general Gustavo Leigh Guzmán quien apoyó con toda su fuerza ese plan de exterminio. Después el general de división Augusto Pinochet Ugarte y, por último, el general de Carabineros César Mendoza Durán. Antes, en julio de 1973, cuando Merino Castro, a través de Gustavo Leigh y Augusto Pinochet, expuso los detalles de su plan a la Misión Militar de los EE.UU. en Santiago, ésta contestó que «le parecía bien», pero que la forma en que «ustedes se desembaracen de los rojos es problema de ustedes, no nuestro».

Días más tarde, cuando algunos jefes navales, después del golpe militar, hicieron ver su horror por la terrible matanza que estaba asolando al país, el almirante Merino Castro dio una tajante y breve definición, que recorrió los buques de la Armada como un escalofrío: «Nosotros somos los cirujanos del país. Cuando un enfermo tiene cáncer en una pierna, se le extirpa y se salva al paciente. Nosotros estamos extirpando el marxismo... Estamos haciendo una operación quirúrgica... Nuestra labor es humanitaria.»⁶

En junio de 1973, aun antes de que Augusto Pinochet fuera «invitado» por los demás altos mandos insurrectos para ser «jefe» en la sublevación militar que se estaba montando, los planes operativos de la ocupación armada del país estaban completos en su aspecto estrictamente bélico; pero no estaban completos en la parte de cómo mantener «políticamente» la ocupación militar del país por largos años. Claro, había acuerdo general en clausurar el Congreso Nacional, disolver la Central Única de Trabajadores, militarizar los sindicatos, fábricas del área de propiedad social, aparato administrativo y disolver todos los partidos políticos, comenzando por los de la Unidad Popular. Pero, ¿era eso suficiente?

Para Merino Castro eso no era suficiente. Para Merino Castro el problema estaba en «los comunistas como personas» y no en sus organizaciones. Él proponía un plan que llamaba orgullosamente de «los tres tercios». Decía que había que fusilar «en las primeras horas» de la «operación» a tres mil dirigentes medios

de todos los organismos y organizaciones de la Unidad Popular; detener, juzgar y condenar a prisión larga a otros tres mil dirigentes que tuvieran una fama pública muy conocida; y «exiliar» a otros tres mil políticos, profesionales y «gente intelectual», desde «la Democracia Cristiana a la izquierda». Con eso, decía Merino Castro, se garantiza «la paz social» por un decenio

Esta idea de Merino Castro no era nueva para él. Había comenzado a hablar de ella ya en marzo de 1973, en los círculos navales de Valparaíso, y cuando llegó a oídos de algunas personas de la izquierda en ese mismo mes (entre ellos el autor de este libro), el comentario fue «este pobre tipo está loco, es un nazi trasnochado... No se da cuenta de que está en Chile». La realidad, meses más tarde, probó que no era un nazi trasnochado, sino muy contemporáneo, con la diferencia de que su centro ideológico no hablaba en alemán, sino en inglés. Y probó también que la capacidad de barbarie de los seres humanos manejados por la ideología del imperialismo no tiene límites.

Contra la idea de Merino Castro se oponía solamente la de un grupo de generales en el Ejército, del seno de los «reformistas», que estimaban que una acción así provocaría una reacción de «odio contra los militares, que nos costará estar en guerra de guerrillas durante todo el tiempo que nos mantengamos en el poder». Pero los sucesos de marzo, abril, mayo y junio de 1973, que vimos en detalle en los capítulos anteriores, demostraban la profundidad, las hondas raíces que el deseo de liberación nacional había tomado en el pueblo, y ello fue decisivo en la decisión. Los generales y almirantes complotadores estimaron que los chilenos estaban «enfermos» de revolución, que eso era lepra, y como en la Edad Media, había que quemar a los leprosos para sanear el ambiente.

Y desde fines de junio comenzó a perfeccionarse el plan de «los tres tercios» de Merino Castro. Se codificaron las listas de «extremistas», «dirigentes», «políticos de izquierda», «periodistas marxistas», «agentes del comunismo internacional», y toda persona que participara con alguna fuerza en organizaciones vecinales, comunales, sindicales o nacionales, que tenían preparadas desde octubre-noviembre de 1972 los Servicios de Inteligencia del Ejército, la Marina y la Aviación. Se pidió ayuda al Pentágono para que se le proporcionaran al Ejército chileno las listas de la Agencia Central de Inteligencia... ¡de chilenos vinculados con los países socialistas!, y se trabajó con la meta de separar dos niveles: las personas no conocidas públicamente,

o conocidas relativamente poco, pero que eran importantes en las organizaciones de todo tipo de la izquierda; y las personas conocidas públicamente en un grado importante, incluyendo funcionarios estatales de categoría de la Administración Allende.

A los primeros se les llamó, por indicación de Merino Castro, «motores del marxismo». A los segundos, «dirigentes del marxismo». Ya a principios de agosto, las listas estaban bastante completas, y el plan de «los tres tercios» de Merino Castro tomó una dimensión apocalíptica.

Se llegó a la conclusión de que los «motores del marxismo» eran unos veinte mil chilenos, que iban desde estudiantes universitarios hasta personas de edad avanzada, ya jubilados de sus trabajos pero con una vida de participación en la comunidad muy activa. Estos eran los que había que detener y fusilar en las primeras horas, o días, del golpe militar.

Los «tres mil» de Merino Castro se habían transformado en «veinte mil», ya en agosto de 1973.

Los de la segunda lista, los «dirigentes del marxismo», en cambio, no fueron sorpresa para el almirante Merino Castro. Su suma no sobrepasaba los tres mil. A éstos, se acordó, había que apresarlos, juzgarlos por el mero hecho de haber deseado una democracia mejor para su pueblo y condenarlos a prisión larga.

Los altos mandos militares encontraban que esta idea era muy buena porque «si damos de baja a los dirigentes tan conocidos, se nos va a acusar de dictadores en todo el mundo». Y en cambio, pensaban, si exterminaban a los desconocidos, pero verdaderos movilizados de los obreros, campesinos y empleados, entonces, «nadie nos preguntará por ellos».

Así, a fines de agosto, estaba todo tan calculado, tan a punto de ponerse en práctica por parte de los generales y almirantes insurrectos, que la operación, en realidad, parecía lo que era en esencia: los preparativos secretos de la invasión militar de otro país, para apoderarse de él definitivamente.

Cuando en la noche del 10 de septiembre los infantes de marina comenzaron a ocupar Valparaíso, como primera fase de la ocupación de todo el país, los generales y almirantes tenían metas específicas a cumplir en su *blitzkrieg*:

1) Cazar y asesinar a veinte mil personas, cuyos nombres figuraban en listas distribuidas previamente a todos los mandos de las veinticinco provincias. La meta para las primeras horas del golpe eran seis mil personas de esas listas.

2) Detener y confinar en campos de concentración, previamente designados, a tres mil personas más.

3) Ocupar militarmente todos los centros administrativos, económicos y políticos del país.

4) Prepararse para un combate de cinco a seis días, que hacía suponer un presupuesto de bajas de «cincuenta mil personas», de las cuales las Fuerzas Armadas militares podían soportar una parte «no mayor» de dos mil hombres, para asegurar la operación. (Sobre estos puntos, en declaraciones públicas posteriores a la masacre, los jefes militares incurrieron en algunas divergencias. Por ejemplo, el general Gustavo Leigh, en el diario «La Tercera», de Santiago, del día 17 de septiembre de 1973, declaraba: «Actuamos así porque es preferible que haya CIENTO MIL MUERTOS en tres días y no un millón en tres años, como ocurrió en España.» Y el general Augusto Pinochet, en entrevista por televisión en red nacional, en octubre de 1973, decía: «La resistencia se desmoronó rápidamente. Nosotros esperábamos, estábamos preparados para que ellos resistieran cinco días... No fue así, podría haber habido CINCUENTA MIL MUERTOS.»)

En todo caso, es importante ver lo siguiente: los cuatro objetivos básicos de la *blitzkrieg*, que abrió las puertas del infierno sobre Chile el 11 de septiembre, demuestran que los militares insurrectos estaban actuando sobre seguro, que ellos «sabían» que se iban a enfrentar con un pueblo desarmado, o pobremente armado, por sorpresa, sin siquiera sospechar la invasión militar, y que su resistencia a la masacre iba a ser solamente la resistencia que da la desesperación frente a la muerte segura. Por eso calculaban un máximo de UN SOLDADO muerto por cada VEINTICUATRO CIVILES. Esto es bueno recordarlo para quien tenga en mente el supuesto Plan Zeta esgrimido como excusa por los generales y almirantes.

Con el correr de los meses, después del inicio del genocidio en la noche del 10 de septiembre de 1973, la situación se haría tan brutal, que incluso el cardenal de la Iglesia Católica chilena, arzobispo de Santiago Raúl Silva Henríquez, declararía públicamente, tomando un gran riesgo personal, lo siguiente: «Creemos que no se hará la paz de Chile sobre la base de LA DESTRUCCIÓN DE UNA PARTE NUMEROSA DE LOS CHILENOS» («Ercilla», número 2002, 12 diciembre de 1973. Esta revista es demócratacristiana, del grupo de Eduardo Frei).⁷

No obstante, a pesar de la preparación minuciosa del asesi-

nato de los veinte mil chilenos de la lista manejada por las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros, a pesar de la sorpresa con que se lanzó la maquinaria de muerte sobre este grupo de chilenos tan grande, y a pesar de la falta de preparación de las organizaciones populares para resistir con éxito una matanza de esa magnitud, los resultados de las primeras veinticuatro horas de la operación exterminio de los «motores del marxismo» fue un fracaso relativo para los generales y almirantes.

De acuerdo a cifras aproximadas, conseguidas por el propio autor de este libro y por amigos de él que arriesgaron su vida para informarlo en los días inmediatamente posteriores a la insurrección, en el primer día de operaciones (el 11 de septiembre), sólo lograron asesinar a poco más de tres mil personas.

Un detalle tentativo, provincia por provincia, de esos resultados estimados «no satisfactorios» por el Estado Mayor incorrecto, es el siguiente:

Provincia de Tarapacá: 80 dirigentes medios asesinados, de un total buscado de 400. La región fue invadida por las tropas al mando del general de brigada Carlos Forrestier Haengsgen y el coronel Odlanier Mena Salinas.

Provincia de Antofagasta: Alrededor de 80 asesinados, después de ser cazados en sus propios domicilios, de un total buscado de 400, más o menos. Las Fuerzas Armadas de ocupación estaban al mando del general de brigada Joaquín Lagos Osorio y el coronel Eugenio Rivera Desgroux.

Provincia de Atacama: De un total aproximado de 1.000 nombres inscritos en la lista de exterminio, sólo consiguieron cazar y asesinar a unos 100 dirigentes.

Provincia de Coquimbo: 100 asesinatos de un total presupuestado de 200.

Las provincias de Atacama y Coquimbo estaban al mando de los tenientes coroneles Oscar Haag Blaschke y Ariosto Lapostol Orrego.

Provincia de Aconcagua: 100 asesinatos de un total buscado de 500. Las tropas genocidas estaban al mando del coronel Héctor Orozco Sepúlveda.

Provincia de Valparaíso: 250 asesinatos de un total buscado aproximadamente de 2.000. La ocupación militar estaba al mando del contralmirante Adolfo Walbaum Wieber.

Provincia de Santiago: De una lista para cazar y asesinar de cerca de 6.500 personas, los comandos de exterminio consiguie-

ron matar «sólo» a unos 800 miembros de organizaciones civiles de izquierda. El jefe militar de las tropas invasoras era el general de brigada Herman Brady Roche.

Provincia de O'Higgins: Alrededor de 80 cazados y ejecutados, de un total buscado de unos 600. Al mando de los invasores estaba el teniente coronel Cristian Ackercknecht.

Provincia de Colchagua: Los comandos de exterminio consiguieron matar a unos 100 civiles de un total buscado cercano a los 500. Comandaba las tropas invasoras el coronel Hernán Brantes Martínez.

Provincia de Curicó: De una lista para exterminar a 300, consiguieron cazar y ejecutar a unos 50. Jefe militar: teniente coronel Sergio Angelotti Cádiz.

Provincia de Talca: Los comandos militares asesinos tenían una lista que bordeaba las 400 personas. Asesinaron a 80. Jefe militar: el teniente coronel Efraín Jaña Girón.

Provincia de Linares: Cerca de 20 asesinados de un total programado de 100. Jefe militar: coronel Gabriel del Río Espinosa.

Provincia de Maule: De un total buscado de cerca de 100 civiles, lograron cazar y asesinar a unos 20. Jefe militar: teniente coronel Rubén Castillo Whyte.

Provincia de Ñuble: La lista de exterminio pasaba de los 500. A la medianoche del día 11 de septiembre informaron a la central de Inteligencia en Santiago, que sólo habían conseguido «dar de baja» a 98 de los buscados. Jefe de las fuerzas de ocupación: coronel Juan Toro Dávila.

Provincias de Concepción y Arauco: Bajo el mando conjunto del general de brigada Washington Carrasco Fernández y el contralmirante Jorge Paredes Wetzer. En Concepción, de un total buscado de 2.000 civiles, lograron asesinar cerca de 250. En la provincia de Arauco, de un total buscado de alrededor de 500, asesinaron cerca de 100.

Provincia de Bío Bío: 120 cazados y asesinados de un total buscado de más o menos 800 personas. Jefe militar: coronel Alfredo Rehren Pulido.

Provincia de Malleco: De un total aproximado de 400 buscados, las fuerzas de ocupación lograron cazar y ejecutar a unos 80. Jefes militares: tenientes coroneles Elías Bacigalupo Soracco y Alejandro Morel Donoso.

Provincia de Cautín: 150 ejecuciones de un total programado de 600. Jefes militares: coronel Hernán Ramírez Ramírez y teniente coronel Pablo Iturriaga Marchesse.

Provincia de Valdivia: La lista de «motores del marxismo» tenía alrededor de 200 nombres. Se logró la captura y muerte de cerca de 40. Jefe de las fuerzas invasoras: el general de brigada Héctor Bravo Muñoz.

Provincia de Osorno: Las fuerzas invasoras, a cargo del teniente coronel Lizardo Simón Abarca Maggi, lograron la captura y muerte de alrededor de 140 civiles de un total buscado cercano a los 600.

Provincias de Llanquihue y Chiloé: El jefe de las fuerzas de ocupación era el coronel Sergio Leigh Guzmán (hermano del integrante de la Junta Militar, Gustavo Leigh Guzmán). Se consiguió la caza y asesinato de más o menos 115 personas, de un total aproximado de 400 personas buscadas en las dos provincias.

Provincia de Aisén: Fueron cazados y capturados 10 «motores del marxismo», de una lista de alrededor de 200 buscados. Jefe militar: coronel Humberto Gordon Rubio.

Provincia de Magallanes: El jefe militar era el general de división Manuel Torres de la Cruz, cuyas fuerzas «sólo» consiguieron asesinar a unas 100 personas, de un total inscrito en «las listas» de alrededor de 500.

En términos estadísticos, la efectividad de los comandos asesinos de los Servicios de Inteligencia Militares, a pesar de estar siendo asesorados por las unidades «independientes» de civiles de los grupos fascistas, que funcionaban barrio por barrio en las ciudades, era muy baja.

Esto, al parecer, decidió a los generales y almirantes insurrectos a desatar sobre la población civil considerada como «cancerosa» una represión sin límites, bajo la forma de apresamiento masivo, instalación de lugares de torturas propias de la época nazi en Europa y campos de concentración en toda la nación.

En los primeros 18 días tras el 11 de septiembre había solamente en Santiago casi 20000 civiles presos. Y en todo el país, esta cifra llegaba a los 75000; era una desesperada búsqueda de todos los componentes de la lista de los «veinte mil».

De acuerdo a cifras aproximadas, desde el 12 al 30 de septiembre, de entre las decenas de miles de prisioneros, los generales y almirantes insurrectos lograron detectar a otros 6300 integrantes de las listas de los Servicios de Inteligencia, que fueron fusilados en el interior de los mismos campos de concentración. Esto dejó la efectividad de los comandos asesinos a poco menos del 50 % para el total de veinte mil. Esto fue lo que se llamó Operación Pinzas.

Por otro lado, en los primeros cinco días después del comienzo de la ocupación militar, la defensa desesperada y descoordinada de algunos grupos de trabajadores contra la maquinaria bélica lanzada contra ellos, dejó unos 500 muertos civiles «caídos en combate», contra alrededor de 500 miembros de las tropas bajo mando fascista, entre los cuales se contaban los oficiales y soldados asesinados en la misma mañana del 11 de septiembre y días posteriores, por negarse a obedecer las órdenes de salir a las calles y caminos y masacrar al pueblo chileno. Cerca de 100 oficiales y soldados cayeron en esta forma, fusilados por sus propios compañeros de armas.

Todo esto hace una cuenta homicida de casi 15.000 víctimas civiles en los primeros 18 días del desencadenamiento del infierno sobre Chile. Es decir, unos 740 muertos por día. O, de otro modo, 30 víctimas por hora; es decir, ¡UN ASESINATO CADA DOS MINUTOS!⁸

Después de esta primera lluvia torrencial de muerte sobre los chilenos, los asesinatos se hicieron más espaciados a medida que las dificultades para los comandos asesinos se hacían mayores por la reorganización del pueblo, que comenzó a burlar en parte la maquinaria destructiva montada, por encargo del Pentágono, por los generales y almirantes chilenos.

Durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1973, los oficiales insurrectos asesinaron a un promedio de 30 a 40 personas por semana, aplicando métodos tan sutiles como «la ley de fuga».

Una crónica transmitida el 15 de noviembre para el diario «Excelsior», de México, por su corresponsal en Buenos Aires, Giangiacomo Foa, dibuja ese rincón del infierno en aquellos meses. Su texto, resumido, es el siguiente:

«En Chile sigue aplicándose “la ley de fuga”. Todos los días, todas las noches, la Junta Militar que gobierna Chile ejecuta en nombre de los sagrados derechos humanos, la libertad, la democracia y la religión a decenas de ciudadanos chilenos cuyo único delito consiste en haber sido partidarios del Gobierno socialista del extinto presidente Allende. La paz que busca implantar Pinochet es la paz de los sepulcros.

»Las palabras que siguen son de la abogada Carmen Hertz. Su esposo, Carlos Berger, que fue jefe de la empresa de cobre de Chuquicamata, acaba de ser fusilado en la cárcel de Calama junto con veintiséis obreros del cobre. La Junta Militar de Chile sigue implacable con sus prisioneros de “guerra”. “Estuve con

él hasta las 16,30 horas. Conversamos largo rato. Estaba tranquilo, sabiendo que sólo le restaban 20 días para cumplir la condena que le había impuesto pocos días antes el consejo de guerra. Nunca llegó a pensar que 90 minutos más tarde sería fusilado.”

»El relato de Carmen Hertz no difiere mucho del que hacen centenares de víctimas que han visto destruidos sus hogares, sus familias y su vida, cuando la furia represora del Gobierno de Pinochet se ensaña en sus seres queridos. En Chile, los perfumes nacionales se han vuelto la pólvora y la sangre. La “ley de fuga” es el pan macabro de todos los días: “Al inquirir por mi esposo me contestaron lacónicamente que había sido muerto cuando, en compañía de otros veinticinco prisioneros, intentaba fugarse. Creí volverme loca cuando me confirmaron la noticia que había recibido un día antes, pero a la que no podía dar crédito. Me habían dicho la víspera que todos los prisioneros que estaban en la cárcel de Calama habían sido sacados sorpresivamente de sus celdas y llevados a un lugar denominado Topater, campo de entrenamiento de tiro de los militares acantonados en esa región fronteriza con Bolivia. Luego logré obtener del médico forense de Calama el certificado de defunción de mi esposo. Allí se establece como causal de la muerte la destrucción del tórax y la región cardíaca por fusilamiento.” Junto con Berger murieron esa tarde David Miranda, ex dirigente nacional de la Federación Minera; dos periodistas de radio El Loa y el resto obreros. Pero el ajusticiamiento de Calama es sólo uno más de una sangrienta serie de sucesos inconfesables.

»En el cuartel de La Serena se mató a quince ciudadanos. Entre ellos ejecutaron al director del Conservatorio de Música, Jorge Peña, y al médico pediatra Jorge Jordán. En las afueras de Antofagasta, el 19 del mes pasado, fueron fusilados otros veintidós patriotas chilenos. Entre ellos estaba un primo de la esposa del ex presidente Eduardo Frei. **TODOS LOS FUSILADOS HABÍAN SIDO CONDENADOS POCOS DÍAS ANTES A RECLUSIÓN CARCELARIA**, con penas que iban de dos meses a cuarenta años. Pero la Junta los prefirió muertos.:

»Mientras la Junta Militar celebrada los dos meses del derrocamiento del Gobierno socialista, un largo convoy de vagones jaulas, utilizados habitualmente para transportar ganado, conducía novecientos presos políticos a la oficina salitrera de Chacabuco, recientemente convertida en campo de concentración. Los detenidos tendrán que soportar los rigores de un clima de-

sértico: la salitrera fue convertida hace dos años en monumento nacional por el presidente Allende.»

Sin embargo, el infierno no terminó para los chilenos con el final de 1973. Todavía en abril de 1974, al completar casi siete meses del derrocamiento del Gobierno constitucional por parte de los generales en contacto con el Pentágono, la situación era horrible. La agencia norteamericana Associated Press, el primero de abril, transmitía desde Santiago de Chile la siguiente noticia:

«Dirigentes religiosos católicos, luteranos y judíos de Chile apelaron ante los tribunales en favor de ciento treinta y una personas de las que, dicen, nada se sabe desde que fueron arrestadas por fuerzas del orden en los últimos meses. La petición fue hecha por monseñor Fernando Ariztía Ruiz, obispo auxiliar de la Archidiócesis Católica de Santiago; Helmuth Frenz, obispo evangélico luterano; Ángel Kreitman, gran rabino de Chile, y varios otros dirigentes.

»El documento fue presentado el viernes pasado como recurso de amparo (*habeas corpus*), en nombre de un Comité de Cooperación para la Paz ante la Corte de Apelaciones de Santiago.

»Expresa que su objetivo es salvaguardar la integridad física y moral de tantas personas que hoy se encuentran privadas de libertad y reclusos en sitios que se mantienen secretos para sus parientes y amigos e inaccesibles, por ende, a una justa y adecuada defensa pública.»

»El recurso de amparo de los dirigentes religiosos fue presentado en favor de los presuntos perseguidos, entre los cuales no figuran nombres de resonancia pública. “El drama humano que están viviendo tantas madres, esposas, hijos, parientes y amigos ha movido al Comité de Cooperación para la Paz en Chile a presentar en favor de personas arrestadas, y no ubicadas hasta hoy, el presente recurso de amparo”, dice el documento.

»Agrega que “nos ha conmovido, en nuestra condición de pastores, el dolor y la angustia de tantas personas inocentes, pobres y humilladas en su inmensa mayoría, desprovistas de todo relieve social, sin nombre conocido y sin influencias importantes. El caso de cada una de las personas por quienes recurrimos hoy de amparo ha sido estrictamente estudiado y sometido a comprobación no sólo por los parientes o amigos de los recurridos, sino además por un cuerpo de abogados y asistentes sociales”.

»Aun cuando muchos de los casos citados en la apelación habrían ocurrido poco después del levantamiento militar de septiembre pasado, otros son más recientes, según el documento. Entre ellos menciona a una madre de dos hijos, identificada como Amapola Lizette Ruiz, de 29 años, quien habría sido detenida el 17 de marzo último por cinco soldados en un barrio modesto de la capital. Agrega el documento que su hermana la ha estado buscando desde entonces sin éxito.

»Cita también el caso de Sergio Héctor Salinas Tamayo, de 48 años de edad, casado. Dice que fue arrestado en una fábrica hace tres semanas por cinco personas que se identificaron como agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Agrega que los esfuerzos de sus parientes para tratar de averiguar su paradero fueron infructuosos "a pesar de haber visitado sitios de detención, cárceles, estadios, morgue, hospital, etc"

»Otro caso mencionado es el de un empleado de servicio de energía eléctrica de Santiago, Luis Alberto Gerlach Zúñiga, de 23 años, de quien afirma que ha sido arrestado el 27 de febrero sin que se sepa nada de él».

Todo lo anterior no es más que un pálido reflejo de lo que comenzó a ocurrir desde el momento que los generales y almirantes en contacto con el Pentágono decidieron cometer un genocidio con un tercio de la población chilena para salvaguardar los intereses económicos de un puñado de oligopolios del dólar.

El asesinato de civiles indefensos, así, ha pasado a ser más que un castigo, un alivio para los centenares de miles de hombres, mujeres, ancianos e incluso niños brutalmente torturados cotidianamente por la maquinaria montada por el almirante Merino y los generales Leigh, Mendoza y Pinochet.

Las torturas

A principios del mes de noviembre de 1973, los pocos campesinos que transitaban por el Puente Las Tejuelas, a dos o tres kilómetros de Chillan, sobre el río Nuble, se dieron cuenta que ya las aguas comenzaban a bajar por el cese de la época de las lluvias. Y junto con ese fenómeno visto tantas veces, otro, nuevo y horroroso: la aparición de decenas de cadáveres de personas sin cabeza, degolladas, con las manos atadas a la espalda. Muchos de los cadáveres estaban semipodridos; otros no tanto. Los campesinos fueron a avisar al puesto de Carabineros de la

salida de la ciudad; la respuesta fue ésta: «Ustedes no han visto nada. Si cuentan lo que vieron, los tomaremos presos y los degollaremos igual que esos cadáveres.»

Eran los restos de la operación «exterminio» en la provincia de Ñuble. Restos semejantes a los de cualquier otra provincia de Chile después del 11 de septiembre. Restos dejados por la bayoneta, ametralladora y aparatos de tortura de los militares chilenos.

Poco antes, en el puerto de Talcahuano, la Sociedad Pesquera Arauco tuvo que suspender varios días sus faenas porque en los peces llegados para su trabajo, se encontraban restos de seres humanos! Eran de los cadáveres que la marina chilena iba a lanzar mar adentro.

Una periodista, cuyo nombre no puedo citar porque correría peligro en Chile, me cuenta cómo, en el río Mapocho, que atraviesa Santiago, comenzaron a aparecer cadáveres de personas torturadas y luego fusiladas:

«Durante las primeras semanas de octubre me tocó pasar casi todos los días, muy temprano, por el puente Bulnes, que cruza el río Mapocho. La primera vez me negué a creer lo que vi. No podía ser cierto. Desde lejos pude ver que en las barandas del puente y en los bordes del río se agolpaba gran cantidad de gente. Estaban mirando los cadáveres. Cuatro cuerpos de hombres que semiflotaban. Todavía recuerdo que uno de ellos llevaba una camisa roja. Un poco más lejos, un quinto cadáver, que había sido arrastrado hasta la orilla. La escena se repetía todos los días. Y no sólo en ese puente, también los pude ver en el puente Pedro de Valdivia. Decenas de mujeres se apostaban todos los días en los puentes con la esperanza de ver pasar el cadáver de su esposo o hijo desaparecido. Un día, vi nueve cadáveres, todos con el torso desnudo y las manos atadas a la espalda. Los cuerpos perforados a balazos. Y junto a ellos, el cadáver de una niña, de aparentes quince o dieciséis años».

Los niños nunca fueron ajenos a la furia militar. El día 18 de septiembre, una patrulla militar fue a buscar a su domicilio a José Soto, artesano mueblista en hierro forjado, presidente de la Junta de Abastecimientos y Control de Precios en su barrio de Quinta Normal. Soto no estaba. La patrulla militar sólo encontró a su hijo de 14 años. Lo apresó. Y después lo fueron a botar a la puerta de la casa, fusilado. «Para que el hijo de puta no sea maricón y se entregue», les gritaron los militares a los vecinos. José Soto y su familia están ahora fuera de Chile, por eso se

puede contar lo que el anciano (de unos 60 años) le contó al autor de este libro.

Durante todo el mes de septiembre y parte de octubre, en las poblaciones de Santiago, alrededor de concentraciones industriales, los oficiales al mando de las tropas de ocupación dejaban cadáveres en las calles, para que sus parientes fueran a recogerlos y así apresarlos. Los cadáveres estaban habitualmente con las uñas arrancadas, las piernas quebradas o los testículos reventados. Varios aparecieron con los ojos quemados, al parecer con colillas de cigarrillos.

En enero de 1974, tropas de la Fuerza Aérea de Chile dejaron en una población del lado sur de Santiago a un joven de 17 años, perteneciente al MIR, al que habían apresado diez días antes. Su cuerpo, ya muerto, resumía la brutalidad de las torturas: parte del abdomen sometido a vivisección en vivo, las dos piernas quebradas, el brazo izquierdo quebrado, todo el cuerpo con huellas de quemaduras de cigarrillos, y castrado. El médico forense puso «muerte por anemia aguda».

Otra forma de tortura habitual practicada por los oficiales de los Servicios de Inteligencia Militar y de Carabineros era el apagar cigarrillos encendidos en el ano de la víctima; así como la aplicación de corriente eléctrica en los oídos, ano y testículos. Por su parte, los oficiales de Infantería de Marina parecían tener otra afición: siete miembros de la policía marítima de Valparaíso aparecieron muertos con las piernas quebradas y los testículos reventados a golpes.

Personas que estuvieron presas en el barco de transporte Lebu, en la rada de Valparaíso, en septiembre, le contaron al autor de este libro cómo la nave se constituyó en una cárcel para torturas. Por ejemplo, en la bodega número dos, había doscientos presos y, en un rincón, un tambor de petróleo partido por la mitad para los excrementos y orinas de esos presos. En un calabozo de madera había veinticinco presos, los cuales dormían en el suelo, y los infantes de marina, en la noche, cuando los presos habían logrado conciliar el sueño, se paseaban sobre ellos pisándolos. Salía el Lebu en la noche hasta alta mar y fusilaban en cubierta. Luego tiraban los cadáveres por la borda tras abrirles el pecho con bayoneta «para que no floten los conchas de su madre».

Pescadores de Horcones, Quinteros y otras caletas de la zona han encontrado, al recoger la pesca, cadáveres o restos humanos en sus redes.

Cuando en la madrugada del 11 de septiembre, siete mil soldados del Ejército, dos mil de la Fuerza Aérea y cuatro mil de Carabineros, bajo las órdenes del general de brigada Sergio Arellano Stark, se dejaron caer sobre la población obrera y trabajadora de Santiago para masacrarla y asesinar al Presidente constitucional del país, ya había preparados diecisiete campos de concentración y de tortura para entrar en acción de inmediato. Eran las instalaciones de la Fuerza Aérea en los Cerros de Chena (San Bernardo), el Estadio Chile, la galería 5 de la Cárcel de Santiago, un patio de la Penitenciaría de Santiago, la Base Aérea de Los Cerrillos, los subterráneos del Ministerio de Defensa, el recinto oriente de la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, el Regimiento Buin, el Regimiento Blindados Número 2 (este recinto solamente para recibir a Salvador Allende cuando se «rindiera» y efectuar ahí la operación asesinato del presidente); la estación meteorológica de la Armada, en el parque de Quinta Normal; el Estadio Nacional, el Regimiento Tacna; la Escuela de Infantería; la base aérea El Bosque; la Escuela de Paracaidismo y Fuerzas Especiales, y el Estadio Nataniel.

En la mañana del 11 de septiembre, cuando todavía no se daba la orden de bombardear el Palacio de Gobierno donde estaba Salvador Allende, la preocupación del general Pinochet, jefe insurgente, desde su «cuartel general» en Peñalolén, era saber si esos diecisiete campos de tortura y concentración estaban ya en funcionamiento, y consultaba al puesto de comando del vicealmirante Patricio Carvajal sobre la materia, según esta grabación de sus transmisiones:

»Puesto cinco a puesto uno, cambio...

»Puesto cinco... Aquí puesto uno... Se necesita saber si están en funcionamiento los estadios Chile y Nataniel para los prisioneros... Queremos saber qué personal lo está guarneciendo. Si no están funcionado todavía, que para qué hora se espera que funcionen».

Allí, en esos campos de concentración y tortura, se fue dibujando toda una enciclopedia de la brutalidad de los seres humanos con uniforme de «soldados de la Patria». Desde los culatazos, los insultos, la quema de barbas con encendedores, los palmetazos en el oído o las simples patadas en los testículos hasta situaciones más refinadas.

Testimonio de Luciano Duque, obrero de imprenta de los Ferrocarriles del Estado, preso en el Estadio Nacional:

«...me enterraron la punta del fusil en la cicatriz de una operación de hernia que tenía al costado derecho. Pero a mí me pegaron poco. Vi a Alberto Corvalán, hijo de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile. Lo vi en el Estadio Nacional. Lo tenían aislado y no dejaban hablar con él. Nosotros éramos como cuatrocientos detenidos y nos hicieron formar entre dos filas de soldados que nos encañonaban con sus armas, por delante y por detrás. Allí estaba Corvalán hijo, con una frazada en la cabeza. Esto pasaba en la parte exterior del velódromo. Seis milicos lo insultaban en forma soez, para provocarlo y hacerlo hablar, según me daba cuenta. Corvalán no largaba nada. Cuando lo soez de los insultos le exasperaba, él contestaba como hombre y entonces entre los seis milicos lo pateaban, lo golpeaban, lo culateaban sin miramiento alguno, con todo salvajismo y como contentos de hacerlo. Corvalán gritaba entonces que no le pegaran más. Esto se repitió una y otra vez y todos los detenidos estábamos desesperados porque no podíamos hacer nada y estaba claro que si gritábamos siquiera nos iban a ametrallar a todos. Al fin terminó el suplicio de Corvalán cuando se se movió más y quedó botado. Los milicos exigieron la ayuda de los propios detenidos de la fila para trasladarlo. No supe donde lo llevaron...».

Las mujeres

Los equipos de torturadores militares, graduados en la Escuela de las Américas en la Zona del Canal, han demostrado con las mujeres chilenas una especie de conocimiento general de la bestialidad humana que los coloca muy por encima de sus maestros norteamericanos, a juzgar por lo que sabemos.⁹

Una profesora universitaria, de la sede Oriente de Santiago de la Universidad de Chile, casada, dos hijos, que estuvo cuarenta días detenida en el Estadio Nacional, hace un *memorándum* para el autor de este libro, sobre el trato a «las prisioneras de guerra»:

«Se las obligaba a permanecer todo el día, boca abajo, con las manos sobre la nuca y las piernas abiertas... Había filas de prisioneras hincadas o paradas contra los muros, y al menor movimiento eran golpeadas, pateadas... Y en varios casos, lo vi, baleadas... En los camarines de seis por cinco metros había cien mujeres. Comida una sola vez al día (a las 16 o 17 horas). Había

dos grupos mayoritarios de prisioneras: obreras y profesionales universitarias... Muchachas y mujeres adultas fueron vejadas, obligadas a desnudarse, manoseadas e insultadas como preámbulo a los interrogatorios... Las profesoras habían sido sacadas desde las propias salas de clase con los brazos en alto... Un grupo de maestras de escuela tuvo una peregrinación abyecta: en la comisión investigadora una de ellas fue pelada al rape... Luego a los Cerros de Chena, siempre con los ojos vendados... Para ir a los servicios higiénicos debían hacerlo con guardias que aprovechaban para manosearlas y golpearlas... Las interrogaban desnudas, les aplicaban corriente eléctrica en la boca, las manos, los pezones, la vagina, desparramaban agua sobre sus cuerpos para que el dolor fuera más intenso. Las palabras con que se dirigían a ellas eran propias de degenerados y las hacían repetir continuamente "yo soy huevona", "yo soy huevona"... Una profesional de un hospital fue llevada al recinto naval de la Quinta Normal. Allí estuvo tres días sin poder dormir nunca, sometida a torturas eléctricas cada ciertas horas. También a ella se le aplicó electricidad en la vagina. Después la llevaron al Estadio Nacional. Fue llevada a interrogatorio de nuevo, también con los ojos vendados. Esta vez, al parecer fue en el Velódromo, donde ya se había instalado la cámara de torturas. Fuera de corrientes eléctricas, esta vez se le obligó a tomar algo con la mano. Le habían puesto una inyección, que supuso de pentotal y que la tenía algo mareada, pero consciente. Al momento, sintió que era un miembro masculino que, al contacto con su mano, se puso erecto. Se lo introdujeron en la boca, donde eyaculó.¹⁰

Hay otros *memorándum* de prisioneras que después lograron comunicarse con el autor de este libro. En esencia relatan lo mismo, aunque agregan que algunos oficiales les contaban que tenían «métodos de interrogatorio fuerte» para «ablandar», para «sacar información» y para «intimidar moralmente».

Y algunas novedades en esos otros *memorándum*: «Las acostaban desnudas, sobre las tablas, y desparramaban cera derretida sobre el vientre... Hubo violaciones de a grupo o individual. "Muévete puta marxista", le decían. "Si no contestas vas a tener que chuparle el pico hasta al general Pinochet, puta de mierda", les decían también. "Otros oficiales comenzaban por introducirme un dedo en la vagina, con la intención de excitarme»...

Hay muchos ejemplos, las páginas de los periódicos del

mundo están llenos de ellos. Los cementerios de Chile están cubiertos de cadáveres mutilados. Quisiera citar, como una especie de resumen del arte de la tortura aplicado en mi país por los militares, el testimonio aparecido en el diario «El Tiempo», de Bogotá, en las ediciones del 26 y 27 de marzo de 1974, bajo la firma de autenticidad del columnista Daniel Samper Pizano. El testigo es un estudiante universitario de Valparaíso y dice esto:

«Fui detenido a mediados de octubre en el mismo recinto universitario donde estudiaba, donde asistía normalmente a clases. El rector designado por los militares permitía que los esbirros del Servicio de Inteligencia Naval se introdujeran en la universidad, y tengo la impresión de que el propio rector delataba a los estudiantes de izquierdas. Con los demás detenidos nos llevaron a la Academia de Guerra Naval. Este es un edificio de acero, de cuatro pisos, ubicado en un promontorio sobre el mar, en el Cerro Playa Ancha. Llegando se nos vendó los ojos y se nos hizo subir hasta el cuarto piso por las escaleras de hierro. Las caídas y los empujones iniciaban la tortura. Al subir escuchábamos gritos desgarradores; creímos que eran grabaciones para amedrentarnos, pero luego nos dimos cuenta de que eran gemidos auténticos de los torturados. Nos metieron en una pieza y nos obligaron a permanecer de pie, con las manos en la nuca, sin hablar. El que se movía o hablaba era lanzado al suelo donde le daban culatazos y lo pateaban. Allí permanecimos toda una tarde, en espera de que nos llamaran para interrogarnos. Nos sorprendieron hablando y nos castigaron brutalmente, pero así pude saber que en esa sala ya había personal de la Aduana que estaba siendo torturado. Había un profesor de literatura de la Universidad de Chile, un cura católico, y otro de nombre Juan, que era muy conocido en los barrios obreros de Valparaíso, quien posteriormente murió en una sesión de torturas. Se nos dio comida bastante buena, pero nadie comía por el horror de los gritos del recinto y el miedo. Los guardias sádicamente decían: «Aprovechen de comer, que será la última comida». No se pudo dormir en todo el tiempo que permanecí en el edificio, puesto que los gritos eran desgarradores; eran verdaderos alaridos de dolor y no cesaban ni de día ni de noche.

»El primer día sacaron a mucha gente que había llegado antes: los de la Aduana, el profesor de literatura y el cura católico. No volvieron más. Después sorprendí a un guardia que

comentaba con otro: "El cura se les fue cortado, lo van a hacer aparecer como suicidio".

»Al segundo día fui interrogado: Permanecí torturado durante más de tres horas. Me desnudaron y me golpearon con manos y pies por todo el cuerpo. Parece que los interrogadores eran muchos. Luego me aplicaron corriente en los testículos. Cuando suspendían la corriente me golpeaban con manos y pies. Especialmente me golpeaban el abdomen, porque cuando se inició la tortura intuí un golpe de karate en el vientre e instintivamente endurecí los músculos. Me gritó el torturador: "¿Así que entrenado? Ahora vas a ver". Durante todo el interrogatorio me tuvieron con los ojos vendados y las manos esposadas. Con las contracciones musculares por la electricidad, las esposas se cerraban cada vez más y me rompí las muñecas hasta el hueso. A estas alturas del interrogatorio ya no sentía dolor. Solamente me daba cuenta que me estaban quemando con electricidad. Al término del interrogatorio, que perseguía saber si había armas en la Universidad, me llevaron a otra sala donde me sacaron la venda para que pudiera caminar; pero me caía al suelo y me hicieron arrastrarme hacia otra sala donde yacían los torturados. Había allí un profesor universitario que conocía de vista, que estaba con todo un lado del cuerpo negro de los hematomas y le habían perforado el tímpano, por lo que el dolor le hacía aullar; los restantes estaban todos tanto o más golpeados que yo. Muchos tenían las costillas rotas y no podían siquiera respirar. Ninguno podía caminar; tenían fracturas en los huesos de las piernas, por golpes y por las contracciones musculares producidas por la corriente. Había muchas mujeres tan golpeadas como nosotros. A las mujeres las habían violado en forma bestial; estaban desgarradas internamente y sangraban con profusión. Una se quejaba continuamente, le habían introducido un objeto cortante en la vagina y parece que le había traspasado el peritoneo. Entre los que estaban, algunos dijeron haber reconocido a los interrogadores: "eran infantes de marina de los que han preparado las bases norteamericanas en Panamá".

»Al tercer día me mandaron al buque Lebu, habilitado como cárcel, a la bodega número 3, donde ya había ciento sesenta personas. Al descender sentí un hedor a excrementos que daba náuseas. Se debía a que no tenían baño y hacían sus necesidades en unos tarros colocados en la misma bodega. Había allí obreros, empleados, médicos, abogados, estudiantes, profesores. Entre ellos recuerdo a Patricio Muñoz, presidente de la Fede-

ración de Estudiantes de la Universidad de Chile en Valparaíso; Sergio Fischer, eminente cardiólogo; Nelson Osorio, profesor de literatura; Félix Laborde, ingeniero químico; Carlos Pabst, físico; y muchos más que no puedo nombrar. Conviví con ellos durante sesenta y cinco días. La comida era asquerosa. Nos servían porotos con gorgojo, es decir, con gusanos. En un tiempo trataron de aparecer más humanos y el jefe del recinto, un oficial de apellido Osorio, nos permitió subir a cubierta, pero, para que no nos divisaran desde la ciudad, nos obligaba a estar sentados e inmóviles al sol. Se nos quemaban los talones y muslos por el calor de las planchas de cubierta. Después, el jefe se dio cuenta de que desde un buque italiano, creo que era el Verdi, nos fotografiaban y desde entonces se prohibió que saliéramos a cubierta.

»Nos hacían levantar a las 6 y hacer gimnasia desnudos. Las faltas —fumar, conversar, no agregar el vocativo “señor” cuando nos interrogaban— eran sancionadas con culatazos y plantones, es decir, nos dejaban en posición erecta, rígidos, con las manos en la nuca, hasta por 24 horas, sin movernos. El menor movimiento era reprimido a culatazos. En las mañanas y en la noche nos hacían cantar el himno patrio al izar o arriar la bandera. Nos prohibían cantar el verso que dice “O la tumba serás de los libres, o el asilo contra la opresión”, porque parece que al principio los detenidos hacían mucho énfasis en esos versos y los marinos lo estimaban como un sarcasmo contra ellos.

»Un día nos sorprendimos porque nos hicieron limpiar, nos dieron implementos y bajaron colchonetas para todos. Era que concurría ese día una delegación de la Cruz Roja Internacional. No bien se estaba retirando la Cruz Roja después de la visita, nos quitaron las colchonetas y no las volvimos a ver más. En los contados casos en que existía un interés de la Armada por ocultar las gravísimas flagelaciones inferidas a personalidades reclamadas por entidades internacionales, o cuya muerte podía causar escándalo exterior, se les llevaba al Hospital Naval, donde algunos de ellos se suicidaban, como me consta que ocurrió con una muchacha que fue reiterada y bestialmente violada, quien se suicidó, razón por la cual en el Hospital estaba sumariado todo el personal del cuarto piso para averiguar quién había permitido el suicidio.

»Cuando llegó la noticia de que el Lebu era vendido como chatarra, me dejaron en libertad bajo condición de ser vigilado por la comisaría de Carabineros del barrio, donde tenía que con-

currir diariamente. Una vez que habilitaron el nuevo campo de concentración (el estudiante se refiere al campo de torturas habilitado en Colliguay Alto, en Valparaíso, donde en diciembre fueron trasladados los prisioneros de los barcos), empezaron a detener de nuevo a los que habían sido liberados, y entonces yo me fugué. Antes de enviarme a casa bajo vigilancia trataron de dejarme psicológicamente condicionado y me llevaron a la Academia de Guerra para una nueva sesión de torturas. Es tuve cuatro días y me di cuenta de que las cosas estaban mucho más crueles y refinadas. Golpeaban más y empleaban más la electricidad. Casi me trastorné, no tanto por mi propio sufrimiento como por el de personas más débiles que yo. Vi a jóvenes universitarias que habían sido torturadas hasta lo indecible; una de ellas, embarazada, había sido golpeada repetidamente en el vientre y mostraba síntomas de aborto. Ancianos de más de 60 años habían sido quemados por todo el cuerpo con cigarrillos y electricidad. Hombres y mujeres con las uñas arrancadas con alicates. Después me llevaron al Cuartel Silva Palma, de la Infantería de Marina. Al cabo de dos días en este recinto, inexplicablemente, me dejaron en libertad, obligándome a controlarme diariamente y a no contar lo que había visto. Nunca supe la razón de mi detención, ya que no sabía de armas en la Universidad, no era extremista ni militaba en ningún partido de la izquierda y solamente había participado en los trabajos voluntarios de toda la juventud, como cualquier estudiante universitario. Tengo excelentes notas y mis profesores me estimaban mucho. Mis padres le pidieron al rector que intercediera por mí y quizás eso haya sido la razón de mi libertad. Son tan arbitrarios los fascistas que eso no lo sabré jamás».

Esto parece ser suficiente para explicar parte del infierno que se desencadenó sobre Chile a partir del 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, algunos detalles adicionales son imprescindibles.

Por ejemplo, que a partir de febrero de 1974, el campo militar de Peñalolén, en los faldeos cordilleranos de Santiago, que para el día 11 sirvió de cuartel a los generales y almirantes insurrectos, se ha habilitado como «campo de torturas piloto» para los presos políticos. Antes, y durante tres meses, asesores de la policía y del Ejército brasileños, adiestraron a oficiales chilenos en el difícil arte de torturar a «prisioneros de guerra».¹¹

Esta asesoría «técnica» brasileña no es sorprendente, ya que, según propia confesión de los generales insurrectos, en declara-

ciones de una semana después del golpe militar, dijeron que habían enviado a Brasil, Bolivia y Paraguay oficiales del Ejército y la Marina de Chile para «poner en antecedentes» a esos Gobiernos del levantamiento militar que tendría lugar el 11 de septiembre. Así, los brasileños, bolivianos y paraguayos, un día después de dar el golpe, comenzaron a enviar expertos de Inteligencia de sus respectivos Ejércitos para «colaborar» en la identificación, apresamiento y torturas de ciudadanos brasileños, bolivianos, paraguayos y uruguayos que habían buscado asilo político en Chile durante los años anteriores.

Un caso que ahorra todo comentario es el del sociólogo y profesor universitario brasileño Theotonio Dos Santos, refugiado en Chile desde hacía siete años. Dos Santos se asiló en la embajada de Panamá después del 11 de septiembre, y fue mantenido cinco meses allí sin que se le otorgara el salvoconducto. En Washington, cuando una delegación de la Hostos Community de la Universidad de Nueva York preguntó en la embajada chilena en la capital yanqui por qué no se le concedía salvoconducto a Dos Santos, la secretaria de prensa de esa embajada, periodista Carmen Puelma, respondió que «Dos Santos no tiene ningún problema pendiente en Chile, lo que pasa es que el Gobierno brasileño nos ha pedido que lo retengamos». Estas declaraciones fueron publicadas en el diario «The New York Times» del 24 de noviembre de 1973.

Los «asesores» brasileños fueron los que introdujeron la técnica de ablandamiento moral del fusilamiento «simulado», que consiste en llevar a los prisioneros al campo de matanza, someterlos a la ceremonia del fusilamiento, en grupo, y matar sólo a uno de cada cinco o a uno de cada tres de los prisioneros en fila. Esta técnica fue utilizada profusamente en los primeros dos meses después del 11 de septiembre. Ahora se utiliza en los diferentes campos de concentración como Chacabuco, en Antofagasta; Pisagua, cerca de Iquique; Isla Juan Fernández, a 360 millas de Valparaíso; Isla Quiriquina, frente a Talcahuano; Isla Dawson, en el canal de Beagle; Colliguay Alto, en Valparaíso; y campos de Peñalolén, en Santiago.

La corrupción

La ocupación militar de Chile por parte de las tropas comandadas por los oficiales que obedecieron las órdenes del Pentá-

gono el 11 de septiembre de 1973, ha desarrollado en las filas de la Fuerza Aérea, la Marina, el Ejército y Carabineros un nuevo estilo de corrupción, desconocido hasta ese día por los chilenos. Un resumen esquemático de este nuevo estilo de vida de los dueños de Chile, por el momento, es el siguiente:

Corrupción en Carabineros

1) Forman equipos de tres o cuatro funcionarios de civil, con armas que no son de reglamento, en las horas del toque de queda, para allanar domicilios y robarse especies de valor. Se las reparten según vaya robando cada uno, por turno. Primero, estudian el barrio, según soplos de empleados domésticos o fascistas civiles, después dan el golpe. A esto lo llaman «fona». Por ejemplo, los carabineros Daniel Vargas y Carlos Cáceres, de la 13 Comisaría en Santiago forman parte de uno de esos equipos.

2) Cuando están de guardia, por ejemplo en embajadas, se apropian de una libreta en blanco, y con ella en la mano hacen parar vehículos por supuestas infracciones del tránsito, y aceptan sobornos en dinero o especies. A esto lo llaman «hacerse un sobresueldo».

3) Cobran dinero a los familiares de los asilados en embajadas por darles permiso para hablar, a través de las verjas del antejardín, por uno o dos minutos. Las tarifas, en diciembre de 1973, iban de los 2.000 a los 15.000 escudos, según el aspecto del familiar.

4) Tratan de hacer pagar «protección» a ex funcionarios del Gobierno de la Unidad Popular que no han sido detenidos. Las tarifas, en enero de 1974, fluctuaban entre los 10.000 y 15.000 escudos mensuales.

5) Se sobrepesan con las esposas de los detenidos. Esto a nivel de oficiales, que les insinúan a las esposas que si se acuestan con ellos, podrán intervenir por el destino final de los presos. Estos casos suman miles en Santiago y son de diaria concurrencia.

6) A las sirvientas de las casas cercanas donde hacen guardia, las manosean y las obligan a acostarse con ellos en sus propias casas, bajo la amenaza de «si no, te llevamos presa por ser marxista».

Corrupción en las Fuerzas Armadas

1) Algunos jefes eligen a las destinadas mejor parecidas para violarlas personalmente, como «parte del interrogatorio». Lo mismo que los oficiales de Carabineros presionan moralmente a las esposas de los detenidos para que se dejen violar a cambio de «alivio» para los maridos presos. Cuando son jefes de servicios, solicitan los mismos favores de empleadas y secretarías para «no despedirlas por simpatizantes de los marxistas».

2) En los allanamientos manosean a las mujeres, incluso se ha hecho habitual que las obliguen a desnudarse, «por si ocultan armas», y permanecer así mientras hacen registros. Se beben los licores que hay en las casas. En un departamento céntrico de Santiago, una mujer sola sufrió el allanamiento de su habitación cinco veces en un mes y las cinco veces fue violada por el oficial de la patrulla.

3) Realizan allanamientos en dos etapas. En la primera visita buscando al «prófugo» y en la segunda para llevarse aparatos electrónicos o de uso doméstico, cuadros, antigüedades, etc. Y destrucción de libros.

4) Groseros en el lenguaje con las mujeres cuyas casas han sido allanadas varias veces y amenazadas de «si no nos das dólares te violamos entre todos».

A medida que ha ido pasando el tiempo y los militares han copado los puestos de responsabilidad de la Administración pública, esta corrupción ha tomado formas más refinadas, y así un gran porcentaje del dinero que circula en el país, de las cosas de valor y de las mujeres han pasado a formar parte del «botín de guerra» de estos mandos armados de la burguesía chilena, y del imperialismo norteamericano.

El comienzo

En realidad, es difícil establecer el punto exacto en que se inició esta especie de desenfreno mortal contra centenares de miles de chilenos (en los hechos más de un millón de adultos) cuyo gran pecado es ser partidarios de la izquierda. Puede haber algunos puntos de partida, como el de este cable del 29 de septiembre de 1972, procedente de Santiago de Chile, de la agencia española EFE:

«En medios eclesiásticos de Santiago se confirmó hoy la

muerte de un sacerdote español, Juan Alsina, durante los sucesos ocurridos a partir del movimiento militar que derrocó al desaparecido presidente Salvador Allende. Su cadáver apareció el pasado jueves en el río Mapocho, que cruza Santiago, con disparos en la espalda. Otro sacerdote español, Antonio Gidó, está siendo buscado por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Quillota, bajo la acusación de estar vinculado a actividades extremistas».

O quizás, este otro cable, del 28 de septiembre, procedente de Montreal, de la Agence France Presse:

«Tres sacerdotes canadienses expulsados de Chile denunciaron hoy, a su llegada, la campaña de «asesinatos por millares» y «delación generalizada» que siguió al golpe militar del 11 de septiembre. El padre Jean Latulippe, quien colaboraba con un organismo de iniciativa popular, contó que según un testimonio del que no podía dudar, «los ocupantes de un camión militar registraron el 13 de septiembre a un peatón de unos 20 años y, al encontrar en su poder una navaja, un oficial desenfundó su pistola y lo mató en el acto. Arrojaron el cadáver al camión, y aconsejaron al testigo que se fuera cuanto antes. Es evidente que los soldados tenían la libertad de matar a quien les pareciera... Pero la represión de dirigentes de las organizaciones populares estaba perfectamente organizada».

Hay también otros casos, como los atestiguados por el parlamentario chileno Eduardo Contreras, en la provincia de Ñuble: «Carabineros de Ninhue tiraron el cuerpo agonizante del joven maestro Carlos Sepúlveda Palaviccino delante de su domicilio, y durante dos horas mantuvieron sin poder acercarse al cuerpo sangrante a su esposa. Cuando la agonía cesó, y el profesor Sepúlveda murió, se fueron y dejaron que la esposa, ahora viuda, se acercara».

O tal vez el caso del alcalde de Chillán, Ricardo Lagos, que fue asesinado en su propia casa por los soldados, junto con su esposa Sonia Ojeda, embarazada, y su hijo Carlos, de 20 años.

Pero hay algo más importante. Está la orden transmitida por el general Augusto Pinochet que, aunque incorporado tarde a la conspiración contra la democracia burguesa chilena, se destacó rápidamente como uno de sus más hábiles carniceros. Esa orden fue grabada en la mañana del 11 de septiembre por un radioaficionado, con la propia voz de Pinochet. Este es su texto:

«Aquí puesto uno... del general Pinochet... Que se prepare boletín... Que se establezca y se puntualice que por cada miem-

bro de las Fuerzas Armadas víctimas de atentados se fusilarán de inmediato a cinco de los prisioneros marxistas en poder de las Fuerzas Armadas...

»Repita la última parte, por favor...

»Repito... SE FUSILARÁN DE INMEDIATO A CINCO DE LOS PRISIONEROS MARXISTAS EN PODER DE LAS FUERZAS ARMADAS... Que se prepare un boletín conteniendo estas ideas...

»Perfectamente claro».

¿No le parece, al lector, que esto trae un recuerdo como de Lídice, como del ghetto de Varsovia? ¿Como del comportamiento de las tropas nazis en la Segunda Guerra Mundial, a el de las tropas norteamericanas en Vietnam?

Fue en Chile, el 11 de septiembre de 1973. Y hay más. Más de las inapreciables grabaciones de un radioaficionado patriota de las órdenes de los generales. Lean ésta, por favor. En ella, el general Pinochet pide «informes»:

«Agradeceré informe resultado.

»Informa Operación Reducción Población La Legua a las 10,14 horas de hoy. Señala que 300 carabineros, tres compañías de Ejército y cinco compañías de El Bosque forman cerco periférico a la población. Una vez aislado el objetivo se inicia operación ablandamiento con penetración de tanques, apoyo aéreo de los helicópteros, y aviones de caza si es necesario. Es requisito esencial aislar el objetivo. Para eso se necesita cooperación de Carabineros.

»Sí... Pero coordinación con Carabineros... También tiene que ver con Ejército... ¿Quién está a cargo de la operación?

»En la segunda División determinaron ellos que la hiciéramos nosotros por ser responsables de la zona... El comandante de los tanques, comandante Calderón está a cargo... El Ejército coordina... Hay que entregarle el objetivo a los tanques...

»Mire, quiero que me aclare qué significa exactamente el término reducción...

Dice reducción de la población... ¿Qué significa exactamente reducción?

»Significa que si hay necesidad, si la población se entrega, se termina la reducción, mi general...Hasta ayer había muchos grupos insurgentes ahí que estaban causando molestias, pero parece que ahora están en actitud defensiva...

»Reducción, entonces, es hacer entrada... Hay un punto fundamental, es importante... Al que se sorprenda con armas hay

que detenerlo y al que se resista hay que darlo de baja... ¿Así lo entienden ustedes?

»Sí, general... Los tanques ablandarán...

»Está claro... Muy bien».

El general Pinochet estaba claro: mil soldados, tanques, helicópteros artillados y aviones de caza contra una población de emergencia, de casas de latón, cartón y papel de diario; con no más de doce mil habitantes, contando los niños, las mujeres y los ancianos. Pero ésta era la medida inaugurada el 11 de septiembre: tanques contra hombres sin armas, niños descalzos... o tal vez hombres con armas cortas, muy pocas. Esa mañana, los mil soldados del general Pinochet asesinaron a más de doscientos hombres, mujeres y niños en la población La Legua, de Santiago de Chile.

Pero el infierno estaba siendo desatado por todas partes. Hay este otro comunicado grabado por un radioaficionado:

«Puesto tres o puesto uno... Puesto tres a puesto uno... Para el general Leigh de parte del general Pinochet: que el ataque aéreo al Banco del Estado y al Ministerio de Obras Públicas, si puede llevarse a cabo cuanto antes. Que estos ataques se hagan sobre los techos de esos edificios. Que se hagan lo antes posible y que dé la hora en que se van a realizar, para coordinarlo con la acción terrestre...

»Puesto tres a puesto dos... El general Leigh al teléfono... Que haga los ataques aéreos lo antes posible...

»Entendido... Un momentito por favor... Puesto dos informa a general Pinochet: helicóptero artillado hará fuego sobre los techos del Banco del Estado y Ministerio de Obras Públicas dentro de quince a veinte minutos...

»Entendido... Que el ataque aéreo se haga sólo sobre los techos de los edificios...»

Ésta era otra gran batalla del general Pinochet contra la democracia chilena. Tanques, carros blindados, cañones y quinientos hombres contra una cuarentena de civiles en el Palacio de La Moneda y una veintena de otros civiles en los edificios de Obras Públicas y Banco del Estado, a pocos metros de La Moneda. Todos los civiles armados de armas cortas o semicortas. Y hubo que pedir apoyo aéreo para tamaña batalla, cerca del lugar donde Salvador Allende vivía las últimas horas de su vida, batallando contra el destino que le habían fijado los generales: asesinarlo.

Mientras tanto, en la cordillera, en la Escuela de Alta Mon-

taña, la esposa del general Pinochet pasaba un día de «cordillera» esquiando, con su hijo de 16 años y su hija de 14. Los había enviado allá el general Pinochet. En la tarde, a las siete, ella llamó por teléfono al general, y éste le contestó: «Está todo tranquilo». Ya había asesinado al presidente Allende, destruida La Moneda y una alfombra de miles de muertos civiles cubría la «tranquilidad» de la tierra chilena, de norte a sur, de este a oeste.

Pero la desesperación hace milagros, y grupos de obreros, empleados, estudiantes y hasta mujeres que dejaron las ollas del almuerzo para combatir, trataban, ese día 11, de oponerse a la invasión militar del país por las tropas manejadas desde Washington a través de los generales y almirantes insurrectos.

Las comunicaciones se sucedían así:

«Correcto, puesto cinco... Avenida Las Acacias 1.000... Allí se está entregando armas... Hay una reunión de gran cantidad de personas a las que se les está entregando armas...

»Comprendido, puesto dos...

»Adelante, puesto dos... Por favor, informen qué medidas se están tomando respecto a la situación en el paradero seis de Santa Rosa... Allí fuerzas terrestres de la Fuerza Aérea y Carabineros están siendo copadas por gran número de personas armadas...

»Puesto tres a puesto uno... Por favor, informe...

»Puesto cinco... Aquí puesto tres... Mi general necesita el informe...

»Aquí puesto cinco para puesto tres... Lo que usted pidió del paradero seis de Santa Rosa... el comando informa que partieron tanques para allá y refuerzos de la Escuela de Infantería...

»Comprendido...

»Del puesto cinco al puesto uno... De acá al comando de tropas... Informe... Hay una radio clandestina que está transmitiendo en 29 megaciclos... Segundo, noveno... 29 megaciclos...

»Comprendido...

»Informe a puesto tres estamos pendientes de la concurrencia de apoyo...»

«Mire, Nicanor... “beta uno” El Bosque consulta necesidad de repetir bando de toque de queda para el día de hoy porque

hay una concurrencia muy grande de gente en las calles... "Beta uno" cree que hay que repetirlo cada diez o quince minutos...

»Okey... Se repetirá el bando...»

«Aquí general Benavides... El centro de Perfeccionamiento de Carabineros en Macul está siendo atacado... He solicitado apoyo aéreo. En Los Jazmines hay tiroteo. En esa población se informa que hay sólo un oficial y dos conscriptos...»

«Se necesita urgente información sobre intimidación de grupos de izquierda en gran cantidad en Villa Las Acacias de Maipú... Esto queda al fondo de Villa Schneider... ¿Copió?»

»No copié...

»Repito... Fuerzas de izquierda están intimidando pobladores de la Villa Las Acacias en Maipú... ¿Recibió?»

»Positivo...»

«No se acepta publicación de prensa de ninguna especie. Y si sale alguna, esto motivará la destrucción del lugar donde fue publicada...

»Sí...

»Repito la primera parte: de la Junta Militar de Gobierno a los comandantes de guarnición y unidades independientes: a partir de este momento se procede a arrestar a cualquier dirigente político o gremial o persona que no obedezca las órdenes y los bandos. Estas personas serán sometidas a proceso, y si se las sorprende con armas y/o explosivos, a los tribunales en tiempo de guerra...

»Entendido...»

Sí, realmente era un «entendido» para todo el pueblo de Chile. Destruída la libertad de prensa, de asociación, de opinión, de vivir... Todos los derechos bajo las botas o las orugas de los tanques militares, después de una débil defensa de menos de tres días por parte de un pueblo sorprendido, atacado por la espalda, engañado y sin preparación para sostener una guerra con los representantes armados del gran capital monopólico de Estados Unidos y Chile.

Tan atacado por la espalda como el propio presidente Allende, que todavía en la mañana del 11 de septiembre, mientras estaba cercado, creía en la lealtad de Pinochet y Herman Brady

Un colaborador de Allende, que estaba trabajando con él la noche del 10 de septiembre, cuando preparaba su rendición frente a las exigencias de la oposición civil, cuenta la dramática ignorancia del Presidente acerca del verdadero papel que estaban jugando sus generales. Copiamos del relato recopilado por la agencia española EFE, el 18 de septiembre:

«En el transcurso de la reunión de trabajo el Presidente fue informado por teléfono del desplazamiento de camiones con tropas de San Felipe (a 100 kilómetros de la capital) en dirección a Santiago. El ministro de Defensa se puso en comunicación telefónica con el general Herman Brady, jefe de la guarnición militar de Santiago y comandante en jefe de la Segunda División del Ejército. Este último le indicó a Letelier que no tenía ninguna noticia, pero que iba a informarse y que lo llamaría de nuevo en 15 ó 20 minutos.

»A las 00.30 horas del martes 11, el ministro repitió su llamada al general Brady y éste le indicó que se había puesto en contacto con San Felipe y que allí “todo se encontraba normal”.

»Poco antes de las 07.00 horas el presidente Allende fue despertado con la información de que los oficiales de algunas naves de la Marina se habían sublevado. En particular, el crucero Almirante Latorre y el submarino Simpson. (La verdad era que hacía NUEVE HORAS se había iniciado la invasión de Valparaíso por la Marina, el puerto estaba ocupado, y ya los torturadores y fusileros estaban trabajando duro, en TODAS las provincias de Chile. Y en Santiago, los cordones industriales de Vicuña Mackenna y Los Cerrillos habían sido ocupados por tropas, había tiroteos esporádicos, y la parte oriente de Santiago estaba bajo la ocupación de las tropas del general César Raúl Benavides Escobar.)

»A las 07.00 Allende llamó por teléfono a los comandantes en jefe y ninguno le contestó.

»A las 07.10 conversó Allende telefónicamente con el general Brady y le dijo que tomara las medidas del caso y “que si no iba a tomarlas que se lo dijera directamente”. (A esa hora, Brady estaba en conferencia con los generales Sergio Arellano Stark, jefe de las fuerzas de ocupación de la ciudad de Santiago; con el general Ernesto Baeza Michelsen, jefe de las fuerzas de ocupación del centro de Santiago; y con el general Javier Palacios Ruhman, jefe de las fuerzas de ocupación y destrucción de La Moneda.)

»A las 07.30 el presidente Allende llegaba al Palacio de La Mo-

neda. A las 7.45 se puso en contacto telefónico con Luis Figueroa (comunista), presidente de la Central Única de Trabajadores. A las 7.55 grabó su primer mensaje al país transmitido por Radio Corporación (socialista). A las 8.00 llamó telefónicamente a Rolando Calderón (socialista), secretario general de la CUT. Hasta ese momento había reiterado sus intentos de comunicarse con los comandantes en jefe, sin éxito. Manifestó que temía que estuvieran comprometidos. Indicó igualmente que el general Orlando Ubina (Inspector General del Ejército) no estaba en su casa y tampoco lo estaba el Almirante Montero.

»A las 8.20 el edecán aéreo del Presidente, comandante Roberto Sánchez, llamó por teléfono en el momento en que el doctor Allende estaba grabando la segunda alocución radiofónica. El comandante Sánchez le indicó que se encontraba en el Grupo Siete de la Fuerza Aérea (en Santiago) donde había ido a informarse y que el general Gabriel Van Schowen (Jefe del Estado Mayor del Aire) le había manifestado que tenía dispuesto un avión para el presidente Allende. La respuesta a este mensaje fue la siguiente: «Dígale al general Van Schowen que el Presidente de Chile no arranca (no huye) en un avión, y que sepa cumplir con su deber de soldado.

»A las 8.30 se escuchó por la radio en La Moneda la primera proclama de la Junta Militar».

El infierno se había desatado finalmente sobre Chile. Toda la inmensa maquinaria de guerra alimentada por el Pentágono había comenzado a marchar por los caminos de Chile, para dejar un rastro de dolor, miseria, muerte y patentizar la baja moral de los oficiales chilenos. Las radioemisoras del Gobierno fueron bombardeadas. Las fábricas fueron ametralladas. Las poblaciones perforadas con tanques. La gran mentira militar cubriendo el país.

A las 7.40 de esa mañana, una mujer sola, la esposa de Allende, también comenzó a vivir su pesadilla. Cuenta:

«...el martes a las 7.40 recibí un llamado telefónico que me despertó. Era Salvador que me dijo: "Te hablo desde La Moneda. La situación se ha tornado grave. Se sublevó la Marina. Yo voy a quedarme aquí. Tú permanece en Tomás Moro". Prácticamente me prohibió salir de la residencia. Estuve pendiente de la radio. Escuché su último mensaje al pueblo de Chile. A las doce ya no me respondió el teléfono de La Moneda. Cerca de las 11.30 horas apareció sobre la residencia un helicóptero de reconocimiento. Para ese entonces no sabía yo que los Carabi-

neros nos habían abandonado. Fue entonces cuando se iniciaron los bombardeos aéreos. Llegaban los aviones, descargaban sus cohetes y volvían. Entre cada uno de los ataques se desataba un tiroteo de locura. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora y destrucción. Las últimas llamadas al Palacio de La Moneda las hice en el suelo, a veces de rodillas y a veces acostada. Cuando estaba en esas condiciones me fue a buscar Carlos Tello, mi chófer, que había logrado llevar el automóvil hasta el patio posterior de la casa. Salimos por el colegio de las monjas que queda atrás de la casa. Decidí irme a la casa de Felipe Herrera, por fortuna no nos había seguido nadie. Allí permanecí todo el día. No pude salir porque se había establecido el estado de sitio y el toque de queda. Estuve allí sin saber de mi marido y de mis hijos».

El resto de la historia es conocida por todos los pueblos del mundo. Pero hay, tal vez, un detalle que no lo es tanto. Cuando los aviones Hawker Hunter de la Fuerza Aérea chilena comenzaron a bombardear la casa de Tomás Moro para «reducir» a la esposa de Salvador Allende, el primer avión atacante cometió un error muy serio. Confundió el blanco. En vez de dejar caer sus primeros cuatro cohetes sobre Tomás Moro, los dejó caer sobre el Hospital de la Fuerza Aérea de Chile, a unas veinte cuadras del objetivo. «Me confundió el brillo de las ventanas», confesó más tarde el piloto a sus compañeros. Pero sus cohetes impactaron en un ala del Hospital de la Fuerza Aérea: uno en el subterráneo-lavandería, otro en el tercer piso, un tercero en la terraza y el cuarto en el jardín. Una enfermera resultó con ambas piernas fracturadas.

Esa noche, el general Leigh declaró por televisión a todo el país que «los marxistas son malvados... No han vacilado en atacar un hospital... El hospital de la Fuerza Aérea en Las Condes». Y enseguida declaró solemnemente que ahora brillaba el sol para los chilenos, porque serían gobernados por personas honestas, porque «los militares no mentimos jamás».

La casa de Tomás Moro, residencia de los presidentes de Chile, ya había sufrido los primeros efectos del Gobierno de estas personas honestas. Después de ser bombardeada, fue dejada abierta para el saqueo de turbas de la clase alta, que se vengaron de Allende robándole sus pertenencias. Esos ladrones lo eran dos veces, porque pertenecían a las clases más adineradas de Chile.

Pero no sólo el general Gustavo Leigh era un militar «que no

miente jamás». También lo era el general Augusto Pinochet, que el 16 de septiembre declaraba por teléfono a la radio franco-luxemburguesa RTL lo siguiente: «Pablo Neruda no está muerto y es libre. No matamos a nadie. Si Neruda muere será de muerte natural».

La verdad era otra ese día 16 de septiembre. Primero, había miles de muertos asesinados por orden personal de generales como Pinochet. Segundo, el asesinato del presidente Allende había sido encubierto con un suicidio fabricado. Tercero, Pablo Neruda, enfermo de cáncer de próstata, en gravísimo estado y con necesidad de atención médica diaria, había sido aislado en su residencia de Isla Negra, por cinco días, por un fiero cordón de soldados, que no dejaban pasar nada, ni siquiera medicinas, ni salir nada de la residencia del gran poeta. No se ha podido establecer si los generales insurrectos decidieron asesinar a Neruda, matándolo «de muerte natural» al aislarlo en Isla Negra cinco días sin atención médica. Pero el hecho es que la muerte de Neruda se produjo por efecto de esos cinco fatídicos días desde el 11 al 15 de septiembre, día en que, agonizante, fue trasladado a la Clínica Santa María de Santiago. Cuando todavía el cuerpo del poeta, agonizante, no salía de Isla Negra, las tropas entraron en la casa y la saquearon, rompieron las pertenencias del poeta, quemaron sus libros y robaron su dinero. Y la casa de Neruda en Santiago, a los pies del Cerro San Cristóbal, también fue saqueada, o «allanada», que viene a ser lo mismo en el lenguaje de los militares «que no mienten», sus libros quemados y sus pertenencias robadas. El 23 de septiembre falleció Neruda de «muerte natural» provocada por los generales Pinochet, Mendoza, Leigh y el almirante Merino. De los cuatro, tres planearon la muerte de Allende. De los cuatro, todos planearon la muerte de una democracia y la masacre de un pueblo.

El día 24 de septiembre, la agencia France Presse, transmitía esta noticia:

«El cuerpo de Pablo Neruda, muerto ayer, reposaba esta tarde en las ruinas —abiertas a todos los vientos— de su palomar encaramado en las alturas de Santiago. Hoy, al alba, los militares hicieron un allanamiento en la casa del gran poeta comunista chileno. Las ventanas están ahora rotas, el lecho destrozado, los armarios destruidos y las revistas y los libros quemados. El piso de su casa y del palomar que la domina está inundado. Neruda reposa en medio de trozos de vidrios, de foto-

grafías desgarradas y de piezas de alfarería precolombina convertida en cascotes».

Una semana más tarde, el primero de octubre, los generales y almirantes en contacto con el Pentágono, emitieron el Decreto Ley número 54, por medio del cual se multiplicaron POR DOS los sueldos de los oficiales, colocándose entre los personajes mejor remunerados de Chile. El mismo decreto «bonificaba» con CINCO MIL ESCUDOS a los conscriptos de las Fuerzas Armadas. Es decir, un gasto extra de unos 600.000 dólares. Algo así como 40 dólares por civil asesinado desde el día 11 hasta el 30 de septiembre.

40 dólares por el cadáver del muchachito de 14 años, hijo de José Soto, fusilado por los soldados en las puertas de su casa. 40 dólares por el cadáver de Salvador Allende, ametrallado en el Salón Rojo de la Presidencia. 40 dólares por el cadáver de Pablo Neruda, Premio Nobel de Literatura.¹²

1. El almirante José Toribio Merino, en el diario «La Tercera», del 19 de septiembre de 1973, dijo: «Yo acuartelé la guarnición de Valparaíso con el pretexto de buscar armas. Un cuarto para las seis comenzó el plan "silencio". Los buques habían regresado. Cortamos todos los teléfonos, menos uno, y todas las radios, menos la de la Armada. Se dejó el teléfono para que una persona llamara a Santiago a Allende... A la hora justa que nosotros planeamos se supo en Santiago. Pero ya todo el país estaba controlado por las Fuerzas Armadas y Carabineros». Por su parte, Augusto Pinochet, muy ufano de su *blitzkrieg* contra el pueblo chileno, decía en el diario «La Opinión», de Buenos Aires, el 5 de octubre de 1973:

«...sólo algunos oficiales sabían lo que haríamos. Los envié a Antofagasta, Iquique, Concepción y Valdivia con los últimos detalles, para evitar que se produjeran muertes inútiles, desórdenes. Lo mantuve en secreto hasta 14 horas antes del advenimiento de la Junta de Gobierno Militar. Todo salió de acuerdo a uno de los principios elementales de la estrategia. Allende se preocupó de Valparaíso, cuando el centro de gravedad estaba en la capital».

2. Para la forma en que se hacían esos viajes entre Santiago y el Southern Command en la Zona del Canal, remito al lector a la nota 27. Respecto a la forma minuciosa en que el Southern Command apoyó y asesoró a las Fuerzas Armadas chilenas para la insurrección y su dominio posterior de todo el país, algunos datos adicionales: «Los soldados chilenos reciben diariamente cuatro raciones de alimentos, debidamente enlatadas y selladas en los EE.UU.» («Boletín del Comité de Solidaridad de Panamá con Chile», enero de 1974, p. 6). «Más de 200 militares, agregados de la última promoción de la Escuela Militar de Chile, llegaron hace poco a Fort Gulick (Zona del Canal) para ser sometidos a intenso entrenamiento para combatir guerrillas urbanas» (misma fuente anterior). «Desde la Zona del Canal, concretamente desde la Base Aérea de Howard, salen aviones que tienen como destino la base aérea chilena en Antofagasta, al norte del país. Hasta allí llegan dos tipos de "solidaridad yanqui". Por una lado, la empresa ITT, instigadora y financista del golpe, se ha comprometido con la Junta a enviar gran cantidad de productos necesarios para el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea chilenas. Los productos yanquis llegan desde California a la Base Howard en la Zona. De ahí salen vía Antofagasta. Por otro lado, desde el 11 de octubre de 1973, rige la circular núm. 17.277 Air Force de EE.UU. precedente del Pentágono, según la cual es necesario mantener todo tipo de apoyo logístico a la Junta. Desde el Post Echanze de Corozal, Zona del Canal, según las guías de salidas de productos de ese puesto militar, se consignan grandes cantidades de productos destinados a Chile: parque (balas para fusil M-1; calibre 45 para automáticos, gases lacrimógenos, etc.); igualmente productos farmacéuticos y plasma. Llama la atención en los envíos la gran cantidad de drogas, y particularmente, un tipo de alimento que se da a los soldados al momento de ir al combate» (extractado del «Boletín» mencionado, número 6 de junio de 1974, p. 5).

3. El diario «El Mundo» agregaba que el número de serie del avión era USAF-63103289. En la revista «Crawdaddy», de Nueva York, del mes de mayo

de 1974, en su página 40 se leía: «Un reportero del periódico semanal "Phoenix", de Boston, comprobó con el Pentágono el mes pasado y un vocero de la Fuerza Aérea confirmó que un avión con ese número de licencia y con esa tripulación había dejado Argentina el día del golpe. El vocero, sin embargo, insistió en que el avión había estado en "misión meteorológica" y que no penetró en el espacio aéreo de Chile. Entretanto, Tim Butz, ex experto de reconocimiento de la U.S. Air Force, el cual ahora trabaja para Action Research de la Intelligence Community, examinó una serie de fotografías aéreas del bombardeo Palacio Presidencial. Butz informa que las fotos muestran que la zona aledaña está virtualmente intocada mientras que el palacio de Allende estaba totalmente demolido, y afirma que ese tipo de precisión podría solamente ser conseguido con el uso de las avanzadas armas norteamericanas llamadas *smart bombs and rockets*».

4. Buenos Aires, septiembre 12 de 1973 (Prensa Latina): «Juan Domingo Perón condenó hoy el golpe fascista producido en Chile... Le preguntaron si habría intervención norteamericana en este golpe, y Perón respondió: "No podría demostrarla, pero creo que sí, creo profundamente que sí. Como conozco estos procesos, cómo no voy a saber. Si ayer mismo, los comentarios decían que había farra (fiesta) en el Departamento de Estado"» (publicado en «El Expreso», Lima, 13 de septiembre).

Washington, 12 de septiembre (EFE): «Una organización independiente norteamericana pidió hoy al Senado que investigue la posible participación en la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en el golpe de Estado que ayer derrocó al presidente Allende en Chile. El Comité para una Sociedad Abierta, con sede en Washington pidió al senador William Fulbright, presidente del Comité de RR.EE. del Senado norteamericano, que realice una investigación sobre cualquier sujeta intervención directa norteamericana en los sucesos de Chile. "Creemos que el Gobierno de los EE.UU. estaba profundamente comprometido en el derrocamiento del Gobierno de Allende"... dijo el director William Higgs» («El Expreso», Lima, misma fecha).

«En cifras globales, hasta el 11 de septiembre de 1973, se requisaron 170 empresas, se intervinieron 155 y se compró un porcentaje importante de las acciones de otras 90, lo que da un total de 415 empresas» (declaración del general Sergio Nuño, vicepresidente de «Corfo», a la revista chilena «Qué Pasa», 2 de noviembre de 1973).

Santiago de Chile, 15 de noviembre (AFP): «Medio centenar de empresas norteamericanas que fueron nacionalizadas por el Gobierno de Allende, serán entregadas a sus antiguos propietarios extranjeros, se confirmó hoy aquí en fuentes de la Junta Militar» (publicado en «El Día», de Buenos Aires).

«En Nueva York, la revista "Business Week" anticipó ayer, 14 de noviembre, que 50 empresas norteamericanas nacionalizadas por Allende serán entregadas a sus antiguos dueños... Añade la revista que "es improbable" que la ITT vuelva a tener control de la Compañía de Teléfonos de Chile, pero recalca que, en cambio, tendrá más posibilidades de obtener buenas indemnizaciones ("El Día", de Buenos Aires, 16 de noviembre de 1973)».

«Durante la semana pasada llegaron a Chile los expertos de las misiones del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Comité Interamericano para la Alianza para el Progreso y observadores de la OEA... Trabajan en el Banco Central de Chile desde donde toman contacto con los organismos que les interesan» (revista chilena «Ercilla», del 14 al 20 de noviembre de 1973).

«En busca de oxígeno fue a USA y Canadá una misión presidida por el canciller almirante Ismael Huerta y su resultado fue satisfactorio. Se tomó contacto con agencias internacionales y con el Gobierno y empresarios privados norteamericanos, con quienes hay muchos asuntos pendientes» (misma fuente).

Washington, noviembre 5 (UPI): «Chile prometió hoy reparar presuntas injusticias en las expropiaciones de las empresas norteamericanas del cobre, y anunció que renegociará su indemnización. "Es injusto negar indemnización en forma unilateral a las empresas expropiadas, so pretexto de que no pagaron impuestos en años anteriores", dijo el nuevo embajador de Chile en la Casa Blanca, general Walter Heitman».

Diario «El Día», de Buenos Aires, citando el report del Bank of America sobre el golpe en Chile, el 14 de diciembre de 1973: «El informe dice que “los bancos nacionales en el futuro, como era en el caso anterior de ser nacionalizados por el Gobierno derrocado, volverán a actuar independientemente y directamente en sus operaciones con el exterior, pero bajo la supervisión del Banco Central y de la Superintendencia de Bancos”».

Washington, 22 de diciembre (PL): «Chile acordó con los EE.UU. pagarle 124 millones de dólares como primer plazo de su deuda externa y otorgarle “una indemnización justa a los intereses norteamericanos”. La decisión fue dada a conocer en un comunicado conjunto del Departamento de Estado y el del Tesoro Nacional del país. El documento del Gobierno norteamericano dice que “la nueva Junta Militar de Chile está comprometida a pagar las compensaciones correspondientes a las empresas norteamericanas y asegura un clima propicio a las inversiones» («El Expreso», de Lima, 23 de diciembre, página 15).

Nueva York, 4 de enero de 1974 (Reuter Latin): «La Dow Chemical dijo hoy haber firmado un contrato con el Gobierno chileno para retomar la Administración de dos compañías (en Chile)... Fernando Leniz, ministro de Economía, expresó que el Gobierno tiene listo un plan para devolver a sus propietarios privados los bancos estatizados durante el régimen del extinto presidente Salvador Allende».

Washington, 28 de enero (AP): «El “New York Times”, en un artículo acerca de la situación chilena a cuatro meses del golpe militar, dice que el programa económico de la Junta ha logrado el elogio de los economistas conservadores... Agrega el artículo que en los barrios pobres existe temor por la represión, y que allí las libertades civiles importan ahora menos que los precios de los alimentos».

Diario «El Mercurio», de Chile, 19 de enero: «Robert Haldeman, alto ejecutivo de la Braden Copper, propietaria hasta 1971 de la mina de cobre El Teniente, llegó al país... Se reunió con Eduardo Simián, asesor de la Junta... Después de sus reuniones en Santiago, ha iniciado una gira por los grandes yacimientos cupríferos, visitando especialmente Chuquicamata»...

Santiago de Chile, enero 23 (AP): «Trece industrias textiles estatales serán devueltas a sus antiguos propietarios (eran monopolios textiles de los clanes Yarur, Sumar e Hirmas, en sociedad con capitales norteamericanos de Chase Manhattan Bank). En noviembre pasado se publicó la lista de las primeras 88 empresas devueltas, incluidas fábricas de conservas, ropa, madereras, metalúrgicas y otras.

Washington, 29 de enero (AP): «El Servicio de Inteligencia Económica Rundt... informa que... los empresarios se sintieron grandemente aliviados por el cambio de Gobierno, y ese espíritu fue afianzado cuando se devolvieron las propiedades incautadas por el presidente Allende»...

Washington, 8 de febrero (EFE): «El Gobierno chileno pagó hoy más de millón y medio de dólares a los EE.UU. en compensación por la nacionalización de compañías de cobre y productoras de papel con interés norteamericano».

Mendoza, Argentina, 28 de marzo (PL): «Respecto al pago de indemnizaciones (a la Anaconda y la Kennecott), el asesor económico de la Junta, Raúl Sáez, anunció que su monto oscilará “entre 300 y 600 millones de dólares”».

Santiago, 13 de abril: «La General Motors ha aceptado formalmente regresar a Chile después de haber suspendido sus operaciones bajo el ex presidente Allende» (extractado del Miami Herald, del 14 de abril de 1974).

Santiago de Chile (inserción de la Embajada de Chile en Panamá, en «La Estrella de Panamá», del 30 de mayo de 1974): «Ya se ha superado la etapa de la regularización de unos 3000 predios agrícolas que habían sido expropiados ilegalmente por el anterior régimen marxista.» (Esto significa la devolución a los latifundistas de casi el 50 % de la tierra expropiada por la reforma agraria durante las administraciones de Frei y Allende).

Santiago de Chile, 13 de junio de 1974 (AP): «El Gobierno puso ayer en venta 107 empresas que fueron expropiadas durante los tres años del Gobierno del extinto presidente Salvador Allende... La Corfo publicó una lista de un total de 150 firmas que serán devueltas al sector privado... En la lista figuran 7 em-

presas que operaban con capital norteamericano, dos con británico y una con italiano... Hace nueve meses, la Junta Militar devolvió alrededor de 90 empresas a sus anteriores propietarios... Un vocero de la Corfo dijo que el Estado venderá todas las empresas actualmente bajo su control, con excepción de los servicios públicos o estratégicos (extractado de «La Estrella de Panamá», 14 de junio 1974).

5. Como ejemplo, veamos los comandantes en jefe del Ejército. General Luis Miquel Caridi, comandante en jefe en 1967: cursos en Fort Belvoir y Fort Monmouth en 1941 y 1942. En 1952, Misión Militar en la Embajada en Washington. General Sergio Castillo Aranguiz, comandante en jefe en 1968: Fort Knox en 1949. General René Schneider Chereau, comandante en jefe 1969-70: Fort Benning, en 1953. General Carlos Prats González, comandante en jefe 1970-73: Fort Leavenworth, en 1954. General Augusto Pinochet, comandante en jefe desde 1973: Fort Leavenworth, en 1955, y Southern Command en 1956. Misión Militar en Washington en 1956.

6. Hay algunas frases alrededor de la idea, las cuales, probablemente pasarán a la historia, como ésta, del general Augusto Pinochet, a la revista «TIME», reproducida por el semanario «Punto en Domingo», de Caracas, del 30 de septiembre de 1973: «La democracia lleva en su seno la semilla de su propia destrucción. La democracia debe cada cierto tiempo BANARSE EN SANGRE para que pueda continuar siendo democracia».

Por su parte, el general Sergio Arellano Stark, jefe de la guarnición de Santiago, dijo, el 23 de diciembre de 1973, en el Canal 13TV, a las once de la noche, que «en realidad los muertos no son tantos... SI HUBIERA HABIDO SETECIENTOS MIL MUERTOS, como dicen algunos, YA NO TENDRÍAMOS PROBLEMAS DE SEGURIDAD».

Estas ideas tienen antecedentes civiles, como la declaración del diputado nacional, Patricio Phillips, en este mismo programa, en febrero de 1973: «NOSOTROS TENEMOS QUE TENER CLARO QUE EL MEJOR MARXISTA, ES EL MARXISTA MUERTO».

O también, la declaración, a gritos, del diputado nacional Domingo Godoy Matte, el primero de julio de 1973, en la Cámara de Diputados: «Que no se alegren los marxistas, ¡YAKARTA va!» (refiriéndose a la idea planteada por Patria y Libertad de una operación Yakarta en Chile, copiando la de Indonesia en 1965, cuando fueron asesinados más de 300.000 civiles por las tropas insurrectas, acusándolos de «comunistas»).

7. A partir de abril de 1974, se desarrolló un violento conflicto entre los generales y la Iglesia Católica, porque ésta, a través de su cardenal Raúl Silva Henríquez comenzó a protestar por los asesinatos, detenciones arbitrarias y torturas, además de miseria nunca vista antes en el país, a que era condenado el pueblo chileno. El día 14 de abril, el cardenal dijo en una homilía en la Catedral de Santiago: «Lo hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, los derechos humanos son sagrados, nadie puede violarlos. Por eso, hoy día lloramos el dolor del padre que presencia el desgarramiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de algunos de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos... Hemos dicho que la violencia sólo genera la violencia y que ése no es el camino». Más tarde, el 24 de abril, la mayoría de los obispos católicos emitieron un documento dramático, en que denuncian «las delaciones», «los falsos rumores», «el aumento de la cesantía y los despidos arbitrarios o por razones ideológicas», que «los asalariados deben cargar con una cuota excesiva de sacrificio», «la falta de resguardos jurídicos eficaces para la seguridad personal», «detenciones arbitrarias o excesivamente prolongadas», «interrogatorios con apremios físicos y morales»... «Hay derechos que tocan la dignidad misma de la persona humana, y ellos son absolutos e inviolables». Esto provocó una reacción airadísima de la Junta, cuyo vocero, el general Gustavo Leigh, dijo: «Los obispos son instrumentos del marxismo internacional» (publicado el 30 de abril de 1974, en «El Mercurio», de Santiago).

8. Cuando se desencadenó el golpe militar del 11 de septiembre, había dos

grupos políticos bastante preparados para soportar el ataque: el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) y el PCR (Partido Comunista Revolucionario) los cuales tenían un aparato de información clandestino desde el comienzo del Gobierno de la Unidad Popular (incluyendo la clandestinidad de la abrumadora mayoría de sus miembros activos). Estos dos aparatos de información, más los restos en reorganización del PS y el PC, permitieron al autor hacer una reconstrucción sumamente aproximada de las bajas de la batalla de septiembre. A principios de 1974, el diputado francés Gustav Ansart, del Parlamento Internacional con sede en Estrasburgo (Francia), dio a la publicidad cifras muy semejantes, que eran así: 15.000 muertos; 30.000 presos políticos; 200.000 trabajadores expulsados de sus centros de trabajo por haber pertenecido a la Unidad Popular o simpatizado con ella, y 25.000 estudiantes expulsados de las universidades. El 5 de diciembre de 1975, Martin Reynolds, de la UPI, en recuento noticioso anual publicado en «El Comercio», de Lima, dice «el 5 de octubre se revela que según los cálculos de la CIA, unas 3.000 personas murieron en el proceso de consolidación del golpe militar en Chile». Se agregaba que 250 miembros de Patria y Libertad habían sido adiestrados por militares de Paraguay, Bolivia y Brasil, los cuales, previamente, habían recibido adiestramiento en la Zona del Canal de Panamá.

Por su parte, los militares chilenos, más conservadores, informaban el 4 de octubre que las bajas fueron 476 civiles y 17 militares. Pero, en marzo, a la revista «Ercilla», de Chile, el general Augusto Pinochet declaró otra cosa: «Hemos tenido 1.600 muertos, de los cuales 200 fueron de nuestro lado.»

9. Entre los torturadores, han sido identificados con precisión, los siguientes: capitán Bender Hoffer (en Chillán), coronel Manuel Contreras Sepúlveda (regimiento Tejas Verdes, en San Antonio), el teniente Medina (en la cárcel de Rancagua), el coronel Horacio Oteiza, el general Orlando Gutiérrez, el capitán Nelson Arturo Duffey, el capitán Víctor Matic, el capitán Florencio Dublé, el capitán Alvaro Gutiérrez, el teniente José García Huidoro, el capitán Alberto Bastendorf, el auditor de guerra Christian Rodríguez, el comandante de escuadrilla Jaime Lavín Parina, el comandante de grupo Gonzalo Pérez Canto, el comandante Erick Barrientos Cartagena y el comandante de escuadrilla Edgardo Ceballos, todos de las bases aéreas 7 y 10 de Santiago. Y coronel Daniel Ivaceta, de Carabineros, en Santiago.

10. De este espeluznante tipo de torturas hay centenares de testimonios. Uno de ellos, presentado a la Comisión Internacional de Helsinki, que funciona desde el 21 de marzo de 1974, sirve de prueba abrumadora, porque se puede dar el nombre de la torturada, ya que ahora está segura en otro país del mundo. La denuncia, hecha en forma de carta-testimonio enviada a Chile, a los propios militares, dice en parte:

«Conocemos, señor Daniel Ivaceta, cómo usted interrogó y torturó a Ana Alicia Flores, chilena, de 25 años, profesora de educación física en Santiago, esposa de Manuel Matamoros, gerente de Banco durante el Gobierno del Presidente Allende». El relato cuenta que las torturas fueron para saber dónde estaba Matamoros. Hubo golpes, insultos y «esperaba unos segundos y al no obtener respuesta la despojaba de una prenda de vestir». «La golpeaba en la cabeza, en el pecho, enrollaba sus cabellos en el puño, le echaba la cabeza hacia atrás y le golpeaba el rostro». Después cuenta que la dejaron sola, pasó un rato, y la bajaron, en camisa y calzada, dos pisos más abajo en el Cuartel Zañartu, de Carabineros, en Santiago. «Allí la esperaba usted, señor Daniel Ivaceta y cinco oficiales. Eran hombres mayores, con canas, aproximadamente de su edad. Antes de empezar el interrogatorio, usted y sus compinches la obligaron a quedarse desnuda, y así, en cueros, le ordenaron que pasara por delante de ustedes, viejos repugnantes. Después la obligaron a que corriera y bailara. Claro está que Ana Alicia Flores no podía bailar. Entonces la obligaron a que se tumbara en el suelo, después la echaron sobre la mesa que tenían delante y, usted, señor Ivaceta, empezó a desnudarse primero... La infeliz encontró fuerzas para saltar de la mesa, correr hasta un rincón de la habitación y lanzar a sus mugrientos y sudorosos rostros todo lo que pensaba de ustedes... Desfallecida la echaron

sobre la mesa y tres de ustedes la violaron... El testimonio cuenta que la víctima se desmayó y la encerraron hasta el día siguiente. Ese día, nuevo interrogatorio y «juntos le pegasteis de nuevo, luego la violasteis, y ella otra vez perdió el conocimiento». Pero Alicia Flores no respondió (no sabía donde estaba su marido, de todas maneras). «Al día siguiente usted la echó de la comisaría, comprendiendo que con ella no iba a lograr nada. La metieron en un vehículo, semidesnuda y manchada de sangre, la llevaron a varias cuadras de la comisaría... y la dejaron en la calle. Unas personas desconocidas le ayudaron a llegar a casa».

11. El 23 de marzo se denunció ante la Comisión Internacional de Helsinki está hecho, con documentación que fue aceptada como valedera por parte del presidente del Comité Organizador, ministro de Instrucción Pública de Finlandia, Ulf Sundkwist, y de los miembros del Comité. La asesoría ha producido torturas muy refinadas, de tipo moral, como la hecha a Clodomiro Almeyda, ministro de RR.EE. de Allende, que estuvo quince días con la vista vendada, día y noche, en la Academia de Guerra Aérea de Santiago, según expresó al director del diario «El Excelsior», de México. El mismo periódico, el 16 de mayo reprodujo un detallado informe sobre las torturas realizadas por estos «técnicos militares», según unas denuncias de obispos católicos, líderes protestantes y rabinos judíos en Chile.

12. En septiembre de 1973, el grupo Pro Justicia y Paz de Chicago, escribía un informe titulado *Chile: Hora Cero*, que decía: «La política de EE.UU. en Chile no fue: dejémosle solo, sino: cortemos su yugular, quitémosle la comida y el agua, forcémosle a morirse económicamente y después mirémosle caer. Mientras suspendian toda ayuda económica, los EE.UU. seguían contentos enviando ayuda militar a la nación y ocurrió que la ayuda económica militar de Nixon a Chile en 1974 es la más grande jamás recibida. Nixon es tan inocente en Chile como lo fue en la última campaña electoral: Chile es un Watergate con pasaporte» (tomado de «Diálogo Social», 9 de octubre de 1973, Panamá).

Cable de la AP, del 11 de septiembre de 1973: «...para el año fiscal de 1974, el presupuesto del Gobierno Nixon tenía asignado UN MILLÓN DE DOLARES para el adiestramiento de oficiales chilenos, una de las cifras más altas para cualquier país del mundo».

Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, informe anual de 1973: «Chile fue en 1972, el país latinoamericano con más alto gasto militar *per capita*: 36 dólares por habitante, que equivalen al 4,6 % del PNB».

Los 40 dólares por muerto producido por los generales chilenos, tuvieron un fruto impresionante, según recopilación de informaciones oficiales a través de cables AP, UPI, EFE y AFP:

24 de octubre de 1973. El Agricultural Department de EE.UU. presta 24 millones de dólares a la Junta para adquirir trigo. Había sido pedido el 26 de septiembre por los generalés, y es el mayor crédito en la historia de Chile para ese propósito. Durante los tres años de Allende, sólo se obtuvieron 3.200.000 dólares. Entre 1962 y 1965, se obtuvieron 6.500.000 dólares.

8 de noviembre de 1973. 20.000.000 de dólares para electrificación rural.

9 de noviembre de 1973. 24.000.000 de dólares, para artículos manufacturados, concedidos por el Manufacturers Hannover Trust, y 20.000.000 de dólares para el Banco Central; 8 bancos de EE.UU. y 2 de Canadá ofrecen 150.000.000 de dólares en préstamos a la Junta. James Green, presidente de la Asociación de Banqueros de Nueva York, al firmar el convenio, dice: «Extender la mano al nuevo Gobierno chileno, en una ayuda psicológica y de buena fe».

14 de noviembre de 1973. 28.000.000 de dólares de préstamo para comprar maíz, del Agricultural Department de EE.UU., batiendo otro récord para Chile (por supuesto a tres años plazo y 9,5 % a 10,5 % de interés anual).

12 de diciembre de 1973. 80.000.000 de dólares del FMI, batiendo otro récord para Chile.

18 de enero de 1974. El BID ha concedido 128.000.000 de dólares en préstamos a la Junta. En los últimos 14 años, antes del 11 de septiembre de 1973, Chile había recibido un total de 314,1 millones de dólares del BID.